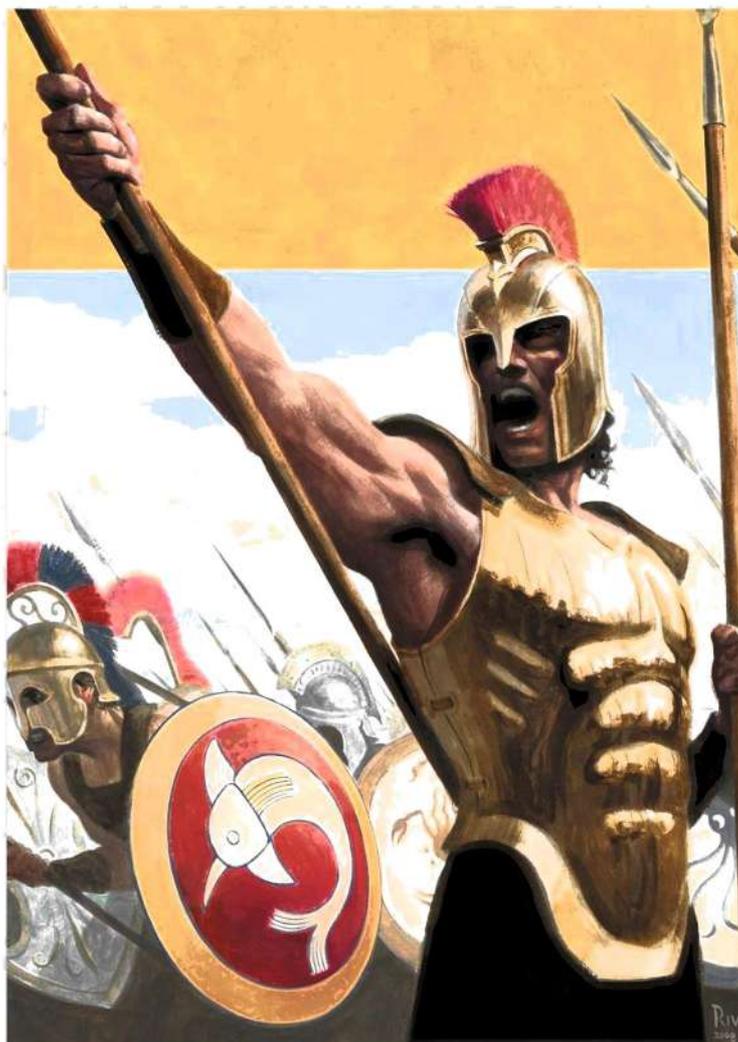


# LA ILIADA

RESUMEN Y TEXTOS ADAPTADOS



## CANTO I

*Versos 1-7. Invocación a la Musa. El aedo pide inspiración para narrar, dentro del extenso repertorio de cantos épicos sobre la guerra de Troya, el que será el tema central de la Iliada, el episodio de la cólera de Aquiles, que tuvo su origen en la disputa de éste con Agamenón, el jefe supremo de la coalición griega contra Troya.*

Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles el Pelida<sup>1</sup>, cólera funesta, que causó numerosos sufrimientos a los aqueos<sup>2</sup> y envió al Hades muchas almas valerosas de héroes, quienes acabaron siendo comida de los perros y de las aves. Y se cumplía así la voluntad de Zeus desde que por primera vez se enemistaron tras una disputa el Atrida<sup>3</sup>, soberano de hombres, y el divino Aquiles.

---

<sup>1</sup> Patronímico: "hijo de Peleo". Aquiles, es hijo de la diosa Tetis y de Peleo, rey de Ptía, y es el principal protagonista de la Iliada, poema centrado en el episodio de su cólera. Caudillo de los mirmidones, ha acudido con ellos y con su compañero Patroclo a la campaña contra Troya, organizada por Agamenón. Es el guerrero más destacado del bando griego, para el que tendrá desastrosas consecuencias su renuncia a combatir tras la disputa con Agamenón. Junto a los patronímicos Pelida y Eácida (o sea, "descendiente de Éaco"), sus epítetos más característicos hacen referencia a su velocidad en la carrera: "de los pies ligeros", "de veloces pies".

<sup>2</sup> Los nombres de "aqueos", "dánaos" o "argivos" designan a los griegos que partieron a conquistar Troya.

<sup>3</sup> Patronímico de Agamenón: hijo de Atreo. Agamenón, rey de Argos, es el jefe supremo de la coalición griega contra Troya. La guerra que enfrentó a griegos y troyanos tiene su origen mítico en el juicio de París y sus consecuencias: En la boda de Tetis y Peleo, la Discordia puso sobre la mesa una manzana de oro con la leyenda "para la más hermosa", que se disputaban las diosas Hera, Atenea y Afrodita. El príncipe troyano Paris fue elegido juez de la disputa y ante las ofertas de Hera (dominio del universo) y Atenea (sabiduría y victoria), aquél optó por los dones de Afrodita (el amor de la mujer más hermosa, que era Helena). Otorgando el premio a ésta, se ganó el odio de Hera y Atenea hacia él y los troyanos. Con el favor de Afrodita, Paris, aprovechando una estancia en Esparta, como huésped del rey Menelao, raptó a su esposa Helena y se la llevó a Troya. Se organizó

¿Cuál de los dioses incitó la cólera entre ambos? Fue el hijo de Zeus y de Latona<sup>4</sup>. Irritado contra el rey desde que éste ofendió a Crises, sacerdote de sus altares, desencadenó contra el ejército tan mortífera peste que pocos soldados se salvaron.

Todo empezó porque queriendo Crises rescatar a su hija se había presentado ante las naves griegas ofreciendo una gran cantidad, [...] Se dirigió a todos los griegos, pero con especial mirada a los dos hijos del Atrida, caudillos de los griegos, y les habló así:

"Hijos del Atrida, vosotros, los de las hermosas grebas! Pido a los dioses del Olimpo que asaltéis la orgullosa ciudad de Príamo y después de aniquilarla regreséis felizmente a vuestra patria. Pero devolvedme a mi hija y aceptad como rescate este premio sagrado, si es que veneráis al hijo de Zeus, al magnífico Apolo, el hábil arquero cuyas flechas son siempre certeras.

Todos los griegos estaban conformes en aceptar el trato y que se respetase al sacerdote, aceptando sus ricos presentes. Pero el Atrida Agamenón, se mostró contrario a ello y dijo amenazador:

"Que no te vuelva yo a encontrar, Crises, cerca de nuestras naves, porque no te valdrá ni el cetro ni las ínfulas del dios. Respecto a tu hija, jamás será libre; pasará toda su vida lejos de su patria, en mi palacio de Argos, trabajando en el telar y compartiendo mi lecho. Retírate, pues, y

---

*entonces una expedición griega para rescatar a Helena y destruir la ciudad de Troya, bajo el mando supremo a Agamenón, rey de Argos y Micenas, y hermano del ofendido Menelao.*

<sup>4</sup> El dios Apolo

no me irrites, pues en ese caso te castigaría duramente.

Al oír esto, el anciano tuvo miedo y obedeció el mandato. Marchando por la orilla del mar, al tiempo que se alejaba invocó fervorosamente al poderoso Apolo, diciendo:

"¡Oh tú hijo de Latona, la de la hermosa cabellera, atiende mi súplica! ¡Escúchala, señor del arco de plata y de las flechas mortíferas! Si alguna vez te he sido agradable con los adornos que dispuse en tu templo, si te he complacido sacrificando en tu honor toros magníficos y hermosas cabras, atiende mis votos ¡y que tus flechas venguen en los griegos mis sollozos! "

El dios acogió favorablemente su plegaria. Lleno de cólera, Apolo bajó del Olimpo con el carcaj a la espalda; en él los dardos sonaban lúgubrementes, mientras el dios avanzaba sombrío por la noche. Colocándose lejos de las naves, lanzó la primera flecha; el arco de plata dejó oír como un fuerte crujido. Al principio solo disparaba contra los mulos y los perros, pero pronto sus saetas tomaron por blanco a los hombres y por todas partes empezaron a arder piras llenas de cadáveres.

Durante nueve días las flechas del dios causaron terribles estragos en el ejército. Al décimo, Aquiles, inspirado por Hera, la diosa de los niveos brazos -que sintió piedad viendo morir tantos griegos-, reunió al ejército y dijo, dirigiéndose a Agamenón:

"¡Atrida!, [...] la guerra y la peste nos están destruyendo. Creo que debemos consultar a algún adivino, a algún sacerdote o intérprete de sueños, y así sabremos la causa de la persecución de que nos hace víctimas Apolo. Sepamos si nos castiga porque le hacemos pocos sacrificios o porque se nos olvidó consagrarle algunas de las hecatombes prometidas. Tal vez si quemamos en su honor algunas cabras y corderillos escogidos nos libramos de su cólera."

Después de dicho esto se sentó. Habló en seguida Calcas, hijo de Testar, que era el mejor de los augures -conocía lo presente, el pasado y

el futuro, [...] y con palabras reveladoras de su prudencia y su sabiduría, dijo:

"¡Oh Aquiles, hombre mortal bien amado de Zeus! Yo te explicaré la razón de la cólera de Apolo, pero antes jura que me defenderás del hombre que goza aquí de más poder, a quien todos los griegos obedecen y a quien seguramente indignará mi revelación. Nada tan peligroso para un súbdito como el rey a quien enoja; pues, aunque al principio oculte sus propósitos, después el rencor no cesa en él hasta que haya obtenido venganza. Dime, pues, si me salvarás de su furor."

Aquiles, el de los pies veloces, respondió:

"Dime, Calcas, sin temor alguno el deseo de Apolo, pues juro que nadie, mientras yo viva, pondrá sobre ti sus manos, ni siquiera Agamenón, que afirma ser el más poderoso."

Animado el augur por estas palabras, dijo sin vacilar:

"No son los votos ni las hecatombes lo que tiene irritado al dios, sino el ultraje que Agamenón ha inferido a su sacerdote Crises, a quien no devolvió su hija ni aceptó su rescate. Por ello nos castiga, y no serán los únicos males que nos envíe, pues no dejará de hacernos sentir su poder hasta que Criseida, la de los bellos ojos, haya sido devuelta a su padre sin premio ni rescate alguno e inmoemos en Crisa una hecatombe sagrada. Cuando con todo ello le hayamos aplacado, tal vez se compadecerá de nosotros."

Dichas estas palabras, se sentó.

Agamenón, al oír esto, ciego de cólera, lleno de furor el pecho y los ojos centelleantes, se levantó y, clavando en Calcas una mirada siniestra, exclamó:

"¡Augur, nunca me has anunciado nada favorable! Se diría que te complaces anunciando desgracias. Jamás has dicho cosa buena. Ahora vaticinas que el Arquero nos envía calamidades porque no quise admitir el rescate de Criseida, Pues bien: sí, la prefiero a Clitemnestra, mi esposa legítima, ya que no le es inferior en belleza, ni en gracia, ni en inteligencia, ni en

destreza. No obstante, estoy dispuesto a devolverla pues nadie debe dudar que prefiero el bienestar de mis guerreros a la pérdida de esa mujer. Pero otorgadme al punto otra recompensa para que no sea yo el único entre los griegos cuyo valor haya quedado sin galardón, y puesto que ella era lo único que hasta ahora me había correspondido."

El divino Aquiles respondió, levantándose:

"¡Oh tú, Atrida, el más insaciable de los hombres! ¿Qué otro premio podrían darte los griegos generosamente? ¿Es que tenemos botín que podamos repartir? Todo lo que saqueamos en las ciudades vencidas está ya repartido y no sería justo querer recuperarlo para distribuirlo de otra manera. Entrega la joven; y si algún día logramos conquistar la bien fortificada Troya, mediante la protección de Zeus, te recompensaremos con magnificencia."

"Es inútil, divino Aquiles, que pretendas con hermosas promesas -replicó Agamenón- ocultar tu pensamiento y quieras embaucarme. Eres valiente, pero no sagaz para convencerme, ni hábil para burlarme. Vosotros ya disfrutáis del premio concedido a vuestro mérito y no pretenderás que yo renuncie al mío entregando a Criseida. Únicamente accederé si los griegos me dan otra mujer que valga lo que ella y me satisfaga como ella; de lo contrario, te robaré la tuya o la de Ajax o me llevaré la de Ulises, y entonces verás arder la furia de aquel a quien le toque. "[...]"

El rápido Aquiles, mirándole con infinita ira, replicó:

"¿Cómo es posible, avaro insaciable, cuya codicia y egoísmo se lee en tu frente como en un espejo, que los griegos se sometan voluntariamente a tus órdenes, sea para combatir a pecho descubierto o para hacerlo con astucia? Yo no he venido aquí a luchar para tomar venganza de los troyanos; nunca me ofendieron ni me robaron mis vacas ni mis caballos [...]. ¿Habríamos de seguirte a ti, desvergonzado, cara de perro, yo y los míos sólo para que te dieras el gusto de vengar un agravio a tu honra, igual que Menelao? Sin tener esto en

cuenta ni guardarnos la menor consideración, aún tienes la osadía de amenazar con despojarme de lo que los griegos me dieron como premio por mi valor. ¡Jamás al saquear una ciudad obtuve yo un botín igual al tuyo, a pesar de haber llevado yo siempre el peso de la lucha y arrastrar mayores peligros! Tus recompensas, al hacerse el reparto, son siempre mayores que las mías, teniendo yo que regresar a mis naves con lo poco que se me concede después de haber arriesgado mi vida en los combates con el mayor arrojo. A Ptía, pues, me vuelvo con mis barcos; que no voy a quedarme aquí sin el menor beneficio, únicamente para proporcionarte a ti miserable, honor y riquezas."

Replicó Agamenón :

"¡Huye, márchate, pues a esto, a huir, se reduce todo tu valor! ¡Vete, que no he de suplicarte que te quedes! Tengo otros bravos guerreros que me harán el honor de ayudarme en mi venganza. Eres el más abominable de los príncipes, porque nunca has hecho otra cosa que iniciar querellas y luchas, y aunque fuese mucho tu valor, no debes envanecerte, puesto que fue un dios quien te los dio. Marcha a tu patria con tus navíos y tus hombres y reina sobre los mirmidones. Nada me importa tu cólera, y escucha bien lo que te digo: si Apolo me quiere arrebatar a Criseida, acepto; se la enviaré en uno de mis barcos, custodiada por amigos míos. Pero yo también iré a tu tienda para robarte Briseida. Con ello podrás percartarte de que aquí mi poder es superior al tuyo. Así, con tu ejemplo, escarmentarán otros y se abstendrán de hablarme con insolencia y de pretender ponerse a mi altura."

Al oír Aquiles semejantes palabras, la rabia y el dolor oprimieron su corazón dentro de su pecho y dudó un momento entre sacar la espada y abrirse paso entre los nobles y capitanes que allí estaban y matar a Agamenón o reprimir su ira y callar. Pero mientras su pensamiento vacilaba, y cuando ya había echado mano de la espada, Atenea descendió de los Cielos, enviada por Hera. Se colocó detrás del Périda y dio un pequeño tirón a su cabellera, apareciéndose

únicamente a él. Sorprendido Aquiles, se volvió, y reconociendo a Palas Atenea, cuyos ojos relucían de una manera terrible le dijo:

"¿Por qué te presentas aquí en este instante, hija de Zeus? ¿Has venido para oír los insultos que me dirige Agamenón, hijo de Atreo? Pues espera y verás cómo su insolencia le cuesta la vida."

"He venido para calmar tu cólera" contestó la diosa de los ojos brillantes.- "me envía Hera, la diosa de los niveos brazos, que os ama a ambos y por vosotros se interesa. Cesa de pelear, no desenvaines la espada e injúrialo de palabra como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día espléndidos presentes y por triplicado. Domínate y obedece a los dioses."

Contestó, Aquiles, el de los pies ligeros:

"Debo obedecerte, oh diosa, aunque el corazón esté muy irritado. Es lo mejor que puede hacer quien desee la protección de los dioses".

Y obedeciendo a Atenea envainó la enorme espada. Conseguido esto, la diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Zeus.

Pero Aquiles, no calmado en su cólera, insultó nuevamente al Atrida con injuriosas voces:

"¡Borracho, que tienes ojos de perro y corazón de ciervo! ¡Cobarde! Incapaz de combatir al frente de un ejército, ni de luchar junto a los valientes griegos, muestras sin vergüenza tu cobardía siempre temeroso de la traición y de la muerte. En cambio, maltratas y robas a los tuyos si no se te humillan; oprimes a tu pueblo y mandas a un rebaño de gentes viles. De no ser así, el ultraje que me has hecho iba a ser el último. Oye bien lo que voy a decirte. Juro que llegará el día en que los griegos necesitarán a Aquiles y lo reclamarán, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerlos cuando muchos sucumban y perezcan a manos de Héctor, el exterminador de hombres. Entonces te atormentará el remordimiento por no haber tratado dignamente al más valeroso de los griegos".

Así dijo el Pelida; y, tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, tomó asiento. El

Atrida, en el opuesto lado, iba enfureciéndose. Pero se levantó Néstor, suave en el hablar, elocuente orador de los pilios, de cuya boca las palabras fluían más dulces que la miel, que ya había visto perecer dos generaciones de hombres de voz articulada que nacieron y se criaron con él en la divina Pilos y reinaba sobre la tercera, y benévolo los arengó diciendo:

"¡Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande para los griegos! Si Príamo y sus hijos oyeran vuestra disputa se alegrarían enormemente, y también los demás troyanos. Escuchad mi consejo, ya que soy más viejo. Yo he tratado hace tiempo con hombres aún más valerosos que vosotros, y jamás despreciaron mis consejos. [...] Lo mejor que podéis hacer vosotros es oírme también y obedecerme. Ni tú, Agamenón, aunque seas un valiente le arrebatas a su amante, pues se la dieron los griegos como premio; ni tú, Pélida, pretendas disputar con el rey de igual a igual, pues nunca hubo soberano que empuñara cetro, más digno que él, ni que más haya glorificado Zeus. Tú, como hijo de una diosa, eres capaz de mayor esfuerzo, él más poderoso porque reina sobre mayor número de hombres. Atrida aplaca tu cólera, desecha tu ira contra Aquiles, que es para todos los griegos, su mejor paladín en la guerra."

El rey Agamenón replicó: "Muy oportuno es cuanto acabas de decir. Pero ten en cuenta, anciano, que este hombre quiere avasallar a todos los demás, gobernarlos y mandarlos, cosa que alguien no querrá tolerar. Los dioses le hicieron belicoso, pero ¿le dieron también permiso para inferir ultrajes?"

Interrumpió el divino Aquiles a Agamenón y le dijo: "Me llamarían vil y cobarde si me sometiera tus órdenes. Manda a otros, yo no quiero obedecerte. Y has de saber, y fija esto en tu memoria, que no he de combatir con mis manos, ni contigo, ni con nadie, por aquella mujer, puesto que al fin me quitáis lo que me disteis. Pero de lo que guardo en mi nave negra, nada te llevarás contra mi voluntad. Si lo quieres, anda, inténtalo y que todos los presentes también lo vean. Tu pútrida sangre correrá en seguida por mi lanza."

Después de este altercado se disolvió la junta que se celebraba cerca de las naves aqueas. El hijo de Peleo marchó con Patroclo y otros amigos a sus tiendas y hacia sus bien provistas naves; en tanto, el Atrida botó su velero, puso veinte nombres al remo y cargó las víctimas de la hecatombe ofrecidas al dios. Se embarcó también Criseida, la de la hermosa faz, y tomó el timón el ingenioso Ulises.

[...] Agamenón, que no olvidaba la amenaza que le hizo Aquiles, llamó a sus dos serviciales heraldos Taítibio y Euríbatos y les dijo:

"Id a la tienda de Aquiles, tomad por la mano a Briseida, la del hermoso rostro, y traédmela. Si se opone a ello, iré yo mismo a quitársela, con algunos guerreros y le será más duro."

Con estas palabras altivas y violentas, despidió a los dos heraldos que, contra su voluntad, caminaron por las estériles orillas del mar hasta las naves y el campamento de los mirmidones, encontrando al rey cerca de su oscuro navío, a la puerta de su tienda. Aquiles, al verlos, frunció el ceño y ellos quedaron confusos e inmóviles, después de hacer una reverencia, sin atreverse a decir nada. Pero el héroe, comprendiéndolo todo, exclamó:

"¡Salud, heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres! No os turbéis y acercaos, pues no sois vosotros los culpables, sino Agamenón que os ha enviado para que os llevéis a la joven Briseida. ¡Ea, Patroclo, de noble linaje!, llama a esa muchacha y entrégala para que se la lleven. Se testigo de esto ante los dioses y ante los mortales, lo mismo que ante ese rey despiadado por si alguna vez tienen que acudir a mí para que los libre de funestos estragos. El furor que llena su corazón le impide considerar al mismo tiempo el pasado y el futuro, y prever lo necesario para que los griegos se salven combatiendo junto a los barcos."

Así habló Aquiles. Patroclo, comprendiendo el mandato de su amigo sacó de la tienda a Briseida, la del hermoso rostro, y se la entregó a los heraldos para que se la llevaran. La muchacha iba con ellos de mala gana. Aquiles prorrumpió en sollozos y alejándose de sus

compañeros se sentó a la vera del espumoso mar, con la vista fija en el océano inmenso y las manos extendidas dirigido a su madre fervorosas súplicas:

"¡Madre!, ya que me pariste, destinado a vivir poco, Zeus debía velar por mi honra y jamás lo hace. El poderoso Atrida Agamenón me ultraja y se ha llevado consigo el premio que me dieron."

Esto dijo sollozando. Su venerada madre, que se hallaba en el fondo del mar junto a su anciano padre, emergió de repente, como una niebla, de las espumosas aguas, yendo a sentarse al lado de Aquiles. Acarició su mano y le habló de esta suerte:

"¿Por qué lloras, hijo? ¿Qué pesar te llega al alma? Dime lo que te ocurre sin ocultarme nada."

Aquiles, el de los pies ligeros, murmuró entre profundos suspiros:

"Si lo sabes ¿por qué he de relatarte lo que ya conoces? [...] A la hija de Crises, a Criseida, la de los bellos ojos, una ligera nave la conduce juntamente con las ofrendas para el dios. En cambio, la hija de Brises, que recibí de los griegos en premio a mi valor, me ha sido arrebatada por unos heraldos de Agamenón. Ayúdame tú si puedes, sube al Olimpo y ruega por mí a Zeus. [...] Abraza sus rodillas, recuérdale lo que entonces hiciste por él y dile que socorra a los troyanos para que derroten a los griegos, y los obliguen a reembarcar después de innumerables bajas o mejor les hagan perecer juntamente con sus barcos. Así verán lo que les ocurre por culpa de su rey y el Atrida comprenderá el error que cometió al agraviar al mejor de los griegos."

Le respondió en seguida Tetis, derramando lágrimas:

"¡Ay, hijo mío! ¿Por qué te he criado, si en hora aciaga te di a luz? ¡Ojalá estuvieras en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, de poca duración! Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Zeus, que se complace en lanzar rayos, por si se deja convencer. Tú quédate en las naves, conserva la cólera contra

los aqueos y abstente por entero de combatir. Ayer se marchó Zeus al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos los dioses lo siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo. Entonces acudiré a la morada de Zeus; le abrazaré las rodillas, y espero que lograré persuadirlo.

Dichas estas palabras partió, dejando a Aquiles con el corazón irritado a causa de la mujer de bella cintura que violentamente y contra su voluntad le habían arrebatado.

## CANTO II

*Para cumplir lo prometido a Tetis, Zeus envía un sueño engañoso a Agamenón asegurándole la conquista de Troya si ataca inmediatamente. Dado que la guerra ya dura nueve años, Agamenón decide poner a prueba la moral de sus tropas y les propone levantar el campamento y regresar a casa. Ante el inesperado éxito de la propuesta, Néstor y Ulises contienen la desbandada y logran restablecer el orden. Ulises hace callar a golpes a Tersites. Recuperada la disciplina, el ejército griego avanza hacia la batalla. A continuación, tras invocar a de nuevo a la Musa, el poeta comienza la descripción de las fuerzas griegas ("Catálogo de las naves"), según la procedencia de las diferentes tropas. A éste sucede el catálogo de las fuerzas troyanas y de sus aliados, que llega hasta el final del canto. Al frente de los troyanos destaca como principal combatiente Héctor, hijo del rey Príamo y hermano de Paris.*

## CANTO III

Una vez colocados en orden de batalla aquella multitud de gentes, con sus jefes a la cabeza, avanzaron: los troyanos, con su griterío inmenso, con voces y chillidos penetrantes; los aqueos, silenciosos, mostrando una decisión valerosa, resueltos a ayudarse unos a otros y a no ceder al enemigo.

Lo mismo que el Noto esparce la niebla en los montes, así también una espesa polvareda levantaba los pies de aquellos hombres que rápidamente marchaban por la llanura.

Cuando los dos ejércitos estuvieron cerca, París se adelantó y, con fiero continente y voz amenazadora, retó a singular combate al que se considerase como el más valeroso de los griegos. Estaba hermoso como un dios, vestido con una piel de leopardo, armado con arco y espada, además de dos lanzas de afilada punta.

Menelao, al verle avanzar con aquella arrogancia se alegró de tenerlo allí y, con la avidez del león que encuentra una presa, saltó ágilmente de su carro, dispuesto a vengar la perfidia de que había sido objeto, Pero no bien le hubo visto Paris salir de sus filas, corrió preso de espanto a ocultarse entre sus soldados, para evitar la muerte.

Héctor al verlo, le injurió con las peores palabras: - ¡Miserable París! ¡Cobarde, cuya falsa arrogancia y hermosura sólo te vale ante las mujeres! ¡Seductor mujeriego" traidor y blandengue, ojalá no hubieras nacido o hubieses muerto! ¡Qué fortuna para mí, y para ti mismo, que no tendrías la vergüenza de ser la ignominia y el oprobio de los tuyos! ¡Mira, mira, cómo se burlan de ti los griegos, quienes, engañados por tu briosa presencia, no sospechaban que en tu pecho anidase la cobardía y la flaqueza! ¿Por qué siendo un cobarde atravesaste el mar en tus naves ligeras, con tus mejores compañeros, y mezclado a los extranjeros te trajiste contigo de lejanas tierras una bellísima mujer emparentada con varones belicosos? Es una desgracia inmensa para tu padre, para tu patria y para el pueblo, y será en breve la alegría de nuestros enemigos y tu propia vergüenza. ¡Ni siquiera te has atrevido a esperar a Menelao! Ahora sabrás quién es el guerrero cuya mujer robaste. Ni tu cítara, ni las gracias que te otorgó Afrodita, ni tu cabellera, ni tu hermosura impedirán que seas arrastrado por el polvo. Demasiado respeto te tienen los troyanos, porque si no ya estarías cubierto de una túnica de piedra en pago a las desdichas que ocasionaste.

Y le contestó el hermoso París:

- Con justicia me reprendiste, Héctor. Tu corazón es siempre impetuoso, como, el hacha que hiende la madera y multiplica la fuerza del obrero constructor de navíos. Tal es el alma indómita que reside en tu pecho. No me reproches las amables gracias que me otorgó Afrodita. Jamás debemos desdeñar dones de los dioses, pues no podemos elegirlos. Pero si deseas ahora que combata y luche, ordena que troyanos y griegos se detengan, para que en medio de todos yo y Menelao, combatamos por Elena y sus riquezas. Y el vencedor poseerá a esta mujer y todas sus riquezas, y después de cambiar mutuos juramentos inviolables, los troyanos continuaremos en la fecunda Troya y los griegos regresarán a la Argólida, tierra de caballos, y a la Acaya, de hermosas mujeres.

Héctor le oyó con sumo gozo y se destacó de las falanges troyanas, deteniéndoles con ayuda de su pica, que tenía cogida por la mitad. Y se detuvieron ellos, y los griegos dispararon sobre él, alcanzándole con flechas y con piedras. Pero Agamenón, rey de los hombres, gritó con voz sonora:

- ¡Hijos de los griegos, no disparéis! Parece que Héctor quiere decir algunas palabras.

Habló así y cesaron de tirar y quedaron en silencio y habló Héctor en medio de ellos:

- ¡Troyanos y griegos! Escuchad lo que dice Paris, el causante de esta guerra: Desea que teucros y aqueos depongan sus hermosas armas dejándolas sobre la tierra madre, y en medio de todo: combatan solos por Elena y sus riquezas él y Menelao, grato a Ares. Y el vencedor se quedará con esta mujer y todas sus riquezas y nosotros cambiaremos juramentos inviolables.

Habló así, y todos permanecieron silenciosos. Y Menelao, ardiente en el combate, les arengó:

- Ahora escuchadme a mí. Por más que un gran dolor oprima mi alma, creo que los argivos y los troyanos quieren concluir la guerra, ya que sufrieron infinitos sinsabores a causa de mi rencor y de la injuria que Paris me hizo. Por tanto, aquel de ambos a quien el destino tenga reservada la derrota, muera; y cesad de combatir entonces.[...] Y haréis que venga aquí el mismo

Príamo, para que se comprometa con juramentos, porque sus hijos son perjuros y falsos, y nadie en este caso ha de violar los juramentos de Zeus.

Habló así, y los troyanos y los aqueos se congratularon, esperando poner fin a la funesta guerra. Y contuvieron en las filas a los caballos y arrojaron a tierra sus armas, abriendo algún espacio entre ambos ejércitos [...] y todos se sentaron en fila, cerca de los caballos ágiles y de sus armas refulgentes.

Y el divino Paris cubrió sus hombros con sus hermosas armas y ciñó a sus piernas grebas con broches de plata, y a su pecho la coraza de su hermano Licaón arreglada para él, y colgó se de los hombros la espada de bronce con clavos de plata. Después cogió el escudo, amplio y pesado, y tocó su cabeza con rico casco adornado de crines, y cuyo penacho se erguía fiero; y empuñó una fuerte pica labrada por sus hermanos. Y el bravo Menelao se cubrió también con sus armas.

Cuando hubieron concluido de armarse, avanzaron los dos por el campo neutral entre troyanos y aqueos, dirigiéndose miradas torvas, y los troyanos domadores de caballos, y los griegos, de hermosas grebas, les contemplaban con terror. Se pararon uno frente a otro, enarbolando las lanzas y poseídos de furor.

París fue el primero en lanzar su larga pica, alcanzando con ella el escudo bruñido del Atrida; pero no se clavó el bronce y la punta se dobló al choque con el duro casco. Y Menelao, esgrimiendo su lanza, suplicó al Padre Zeus:

- ¡Permíteme que castigue al divino Paris, quien me ultrajó primero y hazle caer en mis manos para que en lo futuro cada hombre se guarde de mancillar al que le recibió y hospedó en su casa cordialmente!

Cuando hubo hablado así, blandió su larga lanza y la arrojó, alcanzando el escudo bruñido del Priamida. Y la fuerte pica atravesó el escudo refulgente, horadando también la rica coraza y desgarrando la túnica junto al costado. Ladeándose, Paris, pudo evitar la muerte. Y desnudando la espada de los clavos de plata, el Atrida asestó con ella un golpe en la cimera del casco que llevaba su enemigo; pero la espada se

rompió en tres o en cuatro pedazos, escapándosele de la mano que la sostenía. [...], y saltando hasta su rival, le cogió por las crines del casco, arrastrándole hacia los griegos, de hermosas grebas, El barboquejo de cuero hábilmente labrado, que afianzaba bajo el mentón el casco, lastimaba el cuello delicado de Paris; y el Atrida le habría arrastrado y conseguido una gran gloria, si Afrodita, hija de Zeus, no hubiese roto el barboquejo de cuero de buey, y en la musculosa mano de Menelao quedó sólo el casco vacío. Y aquél le volteó en el aire y le arrojó en medio de los aqueos y lo recogieron sus queridos compañeros. Después se abalanzó de nuevo hacia el Priamida, deseando matarle con su lanza de bronce; pero Afrodita como diosa, lo impidió fácilmente, llevándose a París envuelto en una densa nube, hasta la cámara nupcial, donde hubo de tenderle en su lecho perfumado. Y fue a llamar a Elena, encontrándola en la alta torre entre muchedumbre de troyanos. [...]

Llegada (Elena) a la hermosa morada de París, mientras la servidumbre se dedicaba a sus faenas, la divina mujer subió a la alta cámara nupcial. Afrodita, la que ama las sonrisas, le dispuso un asiento al lado de Paris, y Elena, hija de Zeus tempestuoso, le ocupó, desviando de su raptor la vista, dirigiéndole reproches:

- Ya veo que regresaste del combate. ¡Ojalá hubieras quedado allá vencido y muerto por el hombre bravo que fue mi primer marido! ¿No te jactabas de aventajar en valentía, en fuerzas y en el manejo de la lanza a Menelao? Anda, desáffale,

y lucha otra vez con él; pero no; te aconsejo que no vuelvas a luchar contra el rubio Menelao, porque no tardaría en vencerte con su lanza.

Para contestarla habló así París:

- ¡Mujer, no me destroces el corazón con amargas palabras! Cierto que Menelao me venció con ayuda de Minerva; pero otro día le venceré yo, pues también tenemos aquí dioses amigos. ¡Ven, acostémonos y amémonos! Nunca el deseo me abrasó tanto, ni cuando te embarqué en mis naves ligeras después de haberte arrebatado de la feliz Lacedemonia, uniéndome contigo en la isla Crenae. ¡Cuánto te amo ahora, y cómo ardo en deseos!

Habló así, se dirigió al lecho, y le siguió Elena, y se acostaron en el lecho bien construido.

Entretanto, como un animal feroz, Menelao cruzaba por la muchedumbre en busca del divino París. Y ninguno de los troyanos ni de sus ilustres aliados pudo revelarles dónde se hallaba Paris. Y en verdad que, de haberle visto, no se lo ocultarían, porque todos le aborrecían como a la muerte. Y Agamenón, pastor de hombres, les habló así:

- Escuchadme, troyanos y aliados. No cabe duda de que la victoria le pertenece a Menelao, grato a Ares. Devolvednos, pues, a Elena y sus riquezas, y pagad, como es justo, un tributo del que tampoco han de olvidarse los hombres venideros.

Habló así el Atrida, y todos los griegos aplaudieron

## CANTO IV

*En el Olimpo, Hera y Atenea no se conforman con el fin de la guerra y exigen la destrucción de Troya. También Zeus, por su parte, tiene interés en reavivar la guerra para poder cumplir sus planes, así que por medio de Atenea, instiga al troyano Pándaro a que rompa la tregua disparando a traición una flecha que hiere a Menelao. A la vista de la herida de su hermano, Agamenón hace votos para que Zeus haga pagar a los troyanos la violación de la tregua, con la seguridad de que llegará un día en que Troya será destruida. Se llama a Macaón, hijo de Asclepio, para que cure la herida de Menelao.*

## CANTO V

*Versos 1-909. Hazañas de Diomedes. En ausencia de Aquiles, Diomedes, el hijo de Tideo ("Tidida"), rey de Argos, pasa a un primer plano y destaca por sus proezas en el combate. Animado por Atenea, llega incluso a atacar a los*

*dioses; hiere en la mano a Afrodita, cuando ésta protegía a su hijo Eneas, y se enfrenta con Apolo. Las hazañas de Diomedes hacen que la victoria se incline del lado aqueo. Pero incitados y auxiliados por Ares, los troyanos vuelven a tomar la iniciativa. Finalmente, con la ayuda de Hera y de Atenea, Diomedes hiere al propio dios de la guerra, que huye al Olimpo. También las diosas regresan a él.*

## CANTO VI

*Versos 1-118. De momento, en contra del designio de Zeus, son los troyanos los que llevan la peor parte. Héctor abandona el combate y regresa a Troya para pedir a los ancianos y a las mujeres que dediquen plegarias y sacrificios a los dioses.*

*Versos 119-236. Enfrentamiento entre Diomedes y Glauco. Diomedes, el Tidida, se encuentra en el campo de batalla con Glauco, caudillo de los licios y aliado de los troyanos, y están prestos a enfrentarse. Pero al declararse sus genealogías se reconocen unidos por antiguos lazos de hospitalidad y, en medio de la feroz refriega, ellos se despiden amistosamente intercambiando sus armaduras.*

*Versos 237-398.- Héctor en Troya. El héroe troyano llega a palacio y encomienda a su madre, la reina Hécuba, que las otras mujeres troyanas ofrenden un peplo a Atenea en el templo de la ciudadela. Mientras tiene lugar la inútil ofrenda, que no obtiene el favor de la diosa, Héctor va en busca de Paris para hacerle regresar al combate. Lo encuentra en la alcoba con Helena y de nuevo le reprocha su cobardía. A punto ya de volver al combate, Héctor desea despedirse de su esposa Andrómaca. Esta ha salido con su hijo y la nodriza hacia la muralla, donde Héctor la encuentra junto a la puerta Escea.*

*Versos 399-502.- Despedida de Héctor y Andrómaca. Conmovedor diálogo entre los esposos, que presienten que es la última vez que se ven. A pesar de las súplicas de Andrómaca y de los tristes presagios del propio Héctor acerca de la destrucción de Troya y de la penosa suerte que espera a su mujer ya su hijo, el héroe afronta valientemente su destino. Al regresar a su hogar, Andrómaca llora a Héctor como si ya estuviera muerto.*

## CANTO VII

[...] Héctor y su hermano Paris salieron por las puertas del palacio, impacientes por volver al combate; y así como los navegantes, fatigados de manejar inútilmente los remos contra las olas, reciben con júbilo el viento favorable, fueron acogidos los dos hermanos por los troyanos, quienes esperaban su llegada con anhelo, pues era grave el acoso del enemigo.

Apenas llegado Paris, mató a Menestio, hijo del rey Arietoo y de la hermosísima Filornedusa, habitante en Arna. Héctor no perdió su tiempo, pues atravesó con su lanza, por debajo del casco de bronce, al bravo Eyoneo, derribándole sin vida. El príncipe de los licios, Glauco, hijo de Hipóloco, arrojó un dardo a Ifinoo Daxiada cuando subía a su carro, dándole en medio de la espalda. Ifinoo cayó al suelo, y le pisotearon sus caballos.

Al ver Atenea, la de los brillantes ojos, la matanza que los troyanos hacían en los aqueos en el duro combate, descendió con vuelo rápido desde las cumbres del Olimpo a la sagrada Ilión;

pero Apolo, que la vio desde Pérgamo, salió a su encuentro decidido a oponerse a sus designios, pues él quería que los troyanos resultasen victoriosos. Se encontraron los dos junto a la gran encina, y el Apolo habló así a la hija de Zeus:

"¡Hija de Zeus omnipotente! ¿Por qué abandonas de nuevo el Olimpo? ¿Cuáles son tus intenciones? ¿Es que quieres dar la victoria a los aqueos? Porque de los troyanos no te compadecerías, aunque estuviesen pereciendo. Haz caso a mi ruego y suspende por hoy el combate y la pelea; más adelante ya volverán a batallar hasta que logren arruinar a Troya, ya que vosotras, las inmortales, deseáis destruir esta ciudad."

"Sea -replicó Atenea-, para ello he bajado del Olimpo; pero no veo el modo de separar a las tropas de los dos ejércitos mezcladas en lo más duro del combate."

"Para eso hay un procedimiento - dijo el hijo de Zeus- basta con excitar el valor de Héctor, haciéndole que desafíe a aquellos de los griegos

que se atrevan a medir sus armas con él. Entonces ellos escogerán sus mejores guerreros para combatir con quienes así les provocan."

Atenea le pareció bueno el consejo. Eleno, el hijo segundo de Príamo se dio cuenta de lo que quería los dioses, y salió al encuentro de Héctor.

"¡Héctor, hijo de Príamo, igual en prudencia a Zeus! ¿Querrás hacer lo que te diga yo, que soy tu hermano? Manda que suspendan la batalla los troyanos y los aqueos todos, y reta al más valiente de éstos a luchar contigo en terrible combate, pues aún no ha dispuesto el hado que mueras y llegues al término fatal de tu vida. Se lo he oído decir a los dioses eternos."

Oídas estas palabras por Héctor, se llenó de alegría, y puesto en medio del espacio que había entre ambos ejércitos, alzando la lanza con fuerza, detuvo a los troyanos, quienes permanecieron quietos. Agamenón hizo otro tanto con los aqueos, y, al mismo tiempo,

Atenea la de los brillantes ojos, y Apolo, el del arco de plata, transfigurados en buitres, se posaron en la rama más alta de la encina consagrada a Zeus. Desde allí gozaban contemplando las apretadas filas de guerreros, erizadas de cascos y lanzas. Los movimientos de aquella multitud cubierta de bronce, al sentarse, parecían olas del mar. Héctor, puesto entre unos y otros, dijo:

"Troyanos y aqueos, escuchadme, pues quiero manifestaros algo que llevo en mi pecho. Desde lo alto del cielo, Zeus omnipotente preside los destinos de los hombres, y ha dispuesto que toméis la magnífica Troya o muráis junto a vuestras naves, y entre tanto seguirán causándonos infinitas calamidades a unos y a otros. Hay entre vosotros valientes guerreros, y yo pido a aquel que tenga más deseos de combatir, que lo haga conmigo. Pongo por testigo a Zeus Vengador de mi propuesta: Si mi adversario consigue quitarme la vida, que me quite también las armas y se las lleve como trofeo, pero respete mi cuerpo y lo entregue a los troyanos para que sus mujeres y mis compatriotas, me pongan en la sagrada pira. Por mi parte, me comprometo, si Apolo me concediera la gloria de matar a mi adversario, a

despojarle de sus armas para llevarlas al templo del dios del arco de plata, pero su cadáver lo entregaré para que le dediquéis las honras debidas y le erijáis un túmulo a orillas del mar. Así, cuando los hombres futuros de otros siglos crucen frente a esas playas, rasgando las aguas con sus naves, puedan decir: *Esa es la tumba de aquel valeroso guerrero que murió hace tiempo, en noble lucha con el ilustre Héctor.* Esto dirán y mi gloria será perdurable a través de los tiempos."

Los aqueos oyeron este discurso en silencio. Por una parte, les avergonzaba rehusar el desafío, y por otra, les invadía el temor de aceptarlo. Viendo esto, Menelao se levantó con el corazón oprimido, y les increpó de esta manera:

"Oh dioses, veo que entre los aqueos no hay más que ridículos fanfarrones, mujerzuelas despreciables, en vez de soldados valerosos! ¡Qué vergüenza, qué vergüenza para los griegos, si ninguno de nosotros se atreve a combatir con Héctor! El miedo hiela vuestro valor, pero no he de ser yo quien se quede quieto viéndolo; yo me lanzaré contra ese enemigo soberbio pues la victoria la conceden desde lo alto los dioses inmortales."

Tomó sus resplandecientes armas, apenas dichas las anteriores palabras, y es seguro que hubiese muerto a manos de Héctor si los reyes aqueos, al ver que la fuerza de Héctor era muy superior a la de Menelao, no se hubieran apresurado a detenerle. Agamenón le agarró por el brazo, diciendo:

"Domínate y no seas loco, hermano mío, ¿dónde vas? Nada te obliga a realizar ese acto. Ya veo que estás lleno de aflicción y quieres, herido en tu amor propio, luchar con un hombre, aunque sea mucho más fuerte que tú; con ese Héctor, a quienes todos temen y cuyo encuentro en la batalla causaba horror al mismo Aquiles, que a todos aventaja en bravura, Domínate y siéntate tranquilo con nosotros, que ya escogeremos un adversario vigoroso e intrépido, aun cuando sé que, por mucho que lo sea, con dificultad saldrá vivo de sus manos."

Obedeció Menelao estos prudentes consejos, y fue a reunirse con sus compañeros, quienes, ya

tranquilos, se apresuraron a despojarle de sus armas. Se levantó entonces Néstor, y dijo:

"[...]¡Si yo fuese joven!, como cuando combatían los pilios contra los arcadios al pie de las murallas de Fea, nada me detendría. Entonces, en la primera fila de los arcadios vimos a Ereutalión, que parecía un dios, cubierto con la armadura del rey Areitoo. El divino Areitoo, conocido entre hombres y mujeres por el Macero, porque en vez de arco y lanza manejaba la formidable maza con tal violencia, que destrozaba las tropas enemigas. Su valor era inigualable, pero murió a manos de Licurgo, quien hubo de valerse de la astucia, no de la fuerza, pues supo conducirlo hasta un camino tan estrecho, que de nada le servía a Areitoo el manejo de su férrea clava. Allí le acometió Licurgo, clavándole la lanza en medio del cuerpo, y cuando le vio caído de espaldas, le despojó de la armadura, que había sido regalo de Ares y que luego Licurgo lució en toda la batalla. Cuando murió de viejo en su palacio, legó dicha armadura a Ereutalión, su escudero favorito, quien, al verse con tales armas, desafiaba a los más famosos. Casi todos, temerosos, no se atrevían a aceptar el duelo con él; pero yo, que sentía hervir mi sangre, a pesar de ser el más joven de todos, acepté la pelea. Tuve la gloria, mediante la protección de Atenea, de vencer en el combate a aquel hombre gigantesco, de cuerpo fortísimo, que cuando cayó ocupaba en el suelo un enorme espacio. ¡Ah, por qué no tendré ahora el poder de entonces, en plena juventud! ¡Si así fuese, Héctor sabría lo que era un adversario! ¡Vosotros, en cambio, aun los más fuertes y audaces, no os atrevéis a hacerlo así!"

No sufriendo las increpaciones del venerable anciano, se alzaron con presteza nueve hombres. El primero, el rey Agamenón; luego, el impulsivo y vigoroso Diomedes; en seguida, los dos Ajax, excitados en su prodigioso valor; tras ellos, Idomeneo y su escudero Meriones, que al sanguinario Ares igualaba; luego, Eurípilo, hijo ilustre de Evernón, y por último, Toante Andremónida y el divino Ulises. Todos ellos se hallaban dispuestos a pelear con Héctor, e impacientes de ello, por lo que el caballero,

Néstor, les dijo:

"¡Príncipes, sea la suerte la que escoja a aquel que ha de prestar tan glorioso servicio a los griegos, y alcance fama eterna si logra escapar con bien del terrible combate."

Al oírle, los nueve le entregaron sus respectivas tarjas o tabletas donde constaba su nombre. Puestos todos en el casco del atrida Agamenón, mientras los soldados oraban alzando sus manos a los dioses, se hizo el sorteo. Néstor registró en el casco, del que al fin salió la tarja con el nombre de Ajax, que un heraldo llevó para mostrársela a todo el concurso.

Grande fue el júbilo del héroe, quien arrojando la tarja a sus pies dijo:

"¡Oh amigos, mi nombre ha salido; de ello me alegre en el alma! Grande será mi gloria cuando venza al divino Héctor. Mientras empuño las armas, renovad vuestras oraciones a Zeus. Nadie será capaz de atemorizarme por diestro y fuerte que sea, ya que mi nacimiento y mis condiciones, perfeccionadas en Salamina, me hacen perfectamente hábil para la lucha."

[...] Ajax, baluarte firme de los griegos, aparecía terrible, sonriendo con su torva faz con la enorme lanza en la mano, caminando a largos pasos. Gozaban mucho los aqueos al contemplarle tan formidable y amenazador en tanto los troyanos no dejaron de sentir miedo. Al mismo Héctor le palpitó el corazón en el pecho, pero ya no le hubiera sido posible retirarse, porque de él había partido el desafío.

Pronto estuvieron cerca los dos guerreros. Ajax, protegido por su enorme escudo, construido con duro bronce y siete pieles de buey, que Tiquio, el curtidor incomparable, vecino de Hila, le había construido. Entre las siete pieles de corpulentos bueyes había una más, con lámina de bronce, que a todas recubría. Ya al lado de Héctor, Ajax Telamón, protegido por su escudo, le dijo con tono amenazador:

"¡Héctor vas ahora a conocer por ti mismo qué clase de caudillos pueden presentar los griegos, aunque entre ellos no esté Aquiles, que, con su arrojo de león, tantas veces sembró el espanto en vuestras tropas! Hoy permanece encerrado en su

nave por un resentimiento, pero no importa, aquí estamos muchos capaces de luchar contigo. Empiece, pues, el combate y veamos hasta dónde alcanzan tus fuerzas"

"¡Hijo ilustre de Telamón! -le replicó el divino Héctor-, es inútil que trates de asustarme como si fuese un niño o una pobre mujer, desconocedores de lo que es el fragor de la guerra y los combates. Tengo mucha experiencia en ello y sé manejar perfectamente a diestro y siniestro la dura piel de buey que me sirve de escudo. Sea en un carro, sea a pie, he aprendido a luchar enérgicamente hasta producir gran satisfacción en el propio Ares, dios de la guerra. Conozco tu valor y tu fuerza, por eso no quiero herirte a traición, sino cara a cara, si puedo conseguirlo.

Eso dijo, y tomando su enorme lanza la arrojó atravesando la lámina de bronce del escudo y seis de las pieles, quedando detenida en la séptima- A su vez, Ajax, lanzó pica, que penetró en el escudo del Príamida, hundiéndose en la coraza labrada e incluso le rasgó la túnica, pero una oportuna desviación del arma libró al héroe de la muerte. Arrancándose las lanzas de los escudos, arremetieron los combatientes como leones que caen sobre su presa o como jabalíes, con verdadera ferocidad. Héctor dio un segundo lanzazo a Ajax en la mitad del escudo, pero el golpe fue inútil porque la punta de la lanza al chocar con el bronce se torció. Entonces, el Telamón se precipitó sobre Héctor y le atravesó el escudo con la pica, con tal fuerza que la punta llegó hasta el cuello del héroe, corriendo negra sangre. Pero no por ello Héctor dejó de combatir. Todo lo contrario. Se volvió Héctor, cogió con la mano una enorme piedra llena de picos que en el campo había y lanzándola contra el escudo de Ajax, hizo resonar a éste con estrépito. Ajax tomó a su vez otra piedra mucho mayor, lanzándola con terrible violencia hasta el punto

de que torció el borde interior del escudo de Héctor, lo que obligó a caer al combatiente que, sin embargo, no soltó el escudo. Había caído de espaldas, pero por intervención de Apolo se puso de pie Empuñando las espadas, se acometieron los dos guerreros, por poco tiempo, pues Zeus envió dos heraldos a aqueos y troyanos respectivamente para detener la lucha:

"¡Hijos queridos! No peleéis ni combatáis más; a ambos os ama Zeus, que amontona las nubes, y ambos tenéis bravura y fuerza prodigiosa. Esto lo sabemos todos. Pero la noche comienza ya, y es necesario respetarla.

Respondió Ajax Telamonio:

"¡Ideo! Ordenad a Héctor que lo disponga, pues fue él quien retó a los más valientes. Sea el primero en desistir; que yo obedeceré, si él lo haga.

Dijo el gran Héctor, el de tremolante casco:

"¡Ajax! Puesto que los dioses te han dado corpulencia, valor y prudencia, y en el manejo de la lanza destacas entre los aqueos, suspendamos por hoy el combate y la lucha, y otro día volveremos a pelear hasta que una deidad otorgue la victoria a quien quisiere. La noche comienza ya, y será bueno obedecerla. Vuelve a tus naves, alégrate con todos tus compatriotas, como yo voy a volver a la ciudad a tranquilizar a todos los que habrán estado orando por mí en los templos. Pero antes de separarnos, vamos a ofrecernos mutuos obsequios, de modo que teucros y aqueos puedan decir: Lucharon a muerte como implacables enemigos, con las armas en la mano; pero al finalizar el combate rivalizaron los dos en mostrarse generosos."

Dicho esto, entregó Ajax a Héctor una espada guarnecida con clavos de plata, con tahalí y su vaina; Héctor, por su parte, regaló a Ajax un vistoso tahalí teñido de púrpura. En seguida se separaron y volvieron cada uno a su campo [...]

*Versos 313-482. Recogida de los cadáveres. Apremiado por los suyos, Paris acepta devolver los tesoros, aunque no a Helena. Los griegos rechazan la oferta troyana, pero se avienen a una breve tregua para recoger los cadáveres. Al día siguiente, los cadáveres de ambos bandos son recogidos e incinerados. Los griegos, por su parte, construyen un muro y un foso para proteger su campamento y sus naves, varadas en la playa.*

## CANTO VIII

*Versos 1-565. La batalla interrumpida. Se nos narra en este canto la derrota sufrida por los aqueos en el segundo día de lucha en una batalla que interrumpe la llegada de la noche. El canto comienza con una asamblea de los dioses en la que Zeus prohíbe a todos los inmortales intervenir en la lucha, tras lo cual él se traslada a la cima del*

monte Ida para observar desde allí la batalla. En el fondo, el padre de los dioses se propone cumplir la promesa que hiciera a Tetis. Así, actuando él exclusivamente, los troyanos se imponen a los aqueos hasta el punto de obligar/es a retirarse a su campamento, donde se protegen tras el muro y el foso contiguo. Hera y Atenea, las más fervientes defensoras de los griegos, no pueden intervenir por la prohibición de Zeus. Este les anuncia una derrota griega aún mayor para el día siguiente y les revela su plan:

Héctor seguirá arrollando a los griegos hasta que Aquiles no se reincorpore al combate para luchar por el cadáver de Patroclo. La noche interrumpe la batalla concediendo un respiro a los griegos. Por primera vez los troyanos pueden acampar fuera de la ciudad, en la llanura.

## CANTO IX

Versos 1-181. La embajada a Aquiles. Esa noche el desánimo y el miedo se apodera de los griegos. Agamenón reúne a los caudillos y propone -esta vez de verdad- abandonar la guerra y volver a la patria. Diomedes se opone tajantemente a la propuesta. El anciano Néstor aconseja desagraviar a Aquiles y recuperar/o para las filas griegas. Agamenón se declara dispuesto a devolverle a Briseida y a compensarle con otros obsequios expiatorios. Para comunicar tal ofrecimiento se envía una embajada a Aquiles, compuesta por U/ises, Áyax y Fénix, el preceptor de Aquiles, acompañados por dos heraldos.

Versos 430-713. Tras la negativa de Aquiles, Fénix intenta conmoverlo con un emotivo discurso en el que, como ejemplo aleccionador, recuerda la historia de la cólera de Meleagro. Pero tampoco el entrañable tutor logra doblegar el carácter inflexible del héroe. Por último, interviene Áyax con una breve alocución, que tampoco consigue nada. La embajada regresa sin éxito al campamento. Ante la decepción general, Diomedes aconseja mantener la confianza y retirarse a dormir para reanudar el combate al día siguiente.

## CANTO X

Versos 1-579. La Dolonía. Este canto, que narra un episodio que no repercute en la acción general del poema, era considerado ya desde antiguo un añadido posterior al resto de la Iliada. La acción se desarrolla durante el resto de la noche en que acaba el canto anterior: Mientras todos duermen, Agamenón y Menelao recorren preocupados el campamento y despiertan a los demás héroes para celebrar un consejo nocturno. Néstor propone que alguien vaya a espiar el campo enemigo, misión para la que se ofrece Diomedes eligiendo a Ulises como acompañante. En el campamento troyano Héctor tiene la misma idea y Dolón se ofrece voluntario. Los espías de ambos bandos se encuentran en la oscuridad de la noche; los dos héroes griegos capturan a Dolón y, antes de darle muerte, obtienen de él información acerca del estado de cosas en el campamento troyano. Por él se enteran de la situación aislada y accesible dentro del campamento troyano de los tracios, recién llegados como aliados de los troyanos, a las órdenes de su rey Reso, poseedor de unos valiosos corceles. En una incursión por sorpresa, Diomedes y Ulises matan a Reso y a doce tracios más, y se apoderan de los caballos. Realizadas estas hazañas regresan triunfalmente al campamento donde son recibidos por los demás aqueos.

## CANTO XI

Versos 1-595. Hazañas de Agamenón. A la mañana siguiente comienza el tercer día de combate, cuya descripción se extiende hasta el canto XVIII. La batalla se inicia con las proezas de Agamenón, que acaba teniendo que retirarse herido. Héctor reconduce las tropas troyanas a la victoria. Diomedes y Ulises resisten esforzadamente, pero resultan también heridos, al igual que Macaón y Eurípilo. Los griegos retroceden y Áyax, único baluarte ya de los griegos, cubre la retirada.

Versos 596-670. Patroclo se informa del desastre griego. Aquiles, que contempla la batalla desde su nave, observa que Néstor se retira en su carro del campo de batalla con un herido y envía a Patroclo a averiguar quién es. Néstor y el herido Macaón llegan a la tienda del anciano, donde se reponen bebiendo una poción en la célebre "copa de las palomas". Se presenta entonces Patroclo y Néstor le pone al corriente de la angustiada situación de los griegos.

Versos 793-848. Néstor sugiere finalmente que Aquiles, si no acude él mismo, deje al menos sus armas a Patroclo y lo envíe en ayuda de los griegos al frente de los mirmidones. Patroclo, conmovido por el anciano, regresa aliado de

*Aquiles. En el camino se encuentra con Eurípilo, que se retira herido del combate; éste le informa también de la grave situación en que se encuentran los griegos.*

## CANTO XII

*Versos 1-471. El asalto a la muralla. Los griegos, replegados tras la muralla y el foso que protegen el campamento y las naves, resisten el ataque de los enemigos. Héctor y los demás jefes troyanos, tras intentar en vano cruzar el foso con sus caballos, deciden, por consejo de Polidamante, dejar los carros al borde del foso e intentar el ataque a pie. Mientras los troyanos arremeten contra la muralla, divididos en cinco grupos, la aparición por la izquierda de un águila con una serpiente viva en sus garras, que deja caer entre las filas troyanas, es interpretada como un mal presagio por Polidamante. Éste aconseja suspender el asalto, pero Héctor no hace caso e inicia el ataque. La presión de los atacantes se hace cada vez mayor, sobre todo por parte de los licios, dirigidos por Sarpedón y Glauco, quien resulta herido. Finalmente Héctor lanza una enorme piedra y logra derribar una de las puertas de la muralla, por donde las huestes troyanas se lanzan en tromba.*

## CANTO XIII

*Versos 1-837. La batalla junto a las naves. A pesar de que los troyanos han rebasado la muralla y el foso, protección última y decisiva del campamento y las naves de los aqueos, no consiguen aún derrotar a los griegos. Zeus desatiende momentáneamente sus planes, lo que aprovecha Poseidón para intervenir, en figura de mortal, en favor de los griegos. Entre éstos destaca ahora por sus proezas Idomeneo, rey de los cretenses, quien con sus hazañas hace retroceder a los troyanos. Polidamante previene ahora sobre el peligro de la posible vuelta de Aquiles al combate, pero Héctor desoye de nuevo su advertencia y el ataque troyano contra el campamento griego continúa.*

## CANTO XIV

*Versos 1-522. El engaño de Zeus. Ante el fragor del combate, Néstor sale de su tienda a ver la batalla y se encuentra con los heridos Agamenón, Diomedes y Ulises. Por tercera vez Agamenón propone la huida, pero Ulises y Diomedes desechan la idea. Poseidón, bajo la apariencia de un anciano, infunde ánimos al rey y a los combatientes argivos. Hera entonces decide seducir a Zeus y apartarle del campo de batalla. Con la ayuda del cinturón embellecedor de Afrodita y del Sueño, consigue atraer a Zeus al monte Ida y que éste, tras satisfacer su ardiente deseo, se quede dormido a su lado. Entonces puede intervenir Poseidón en favor de los griegos, exhortándoles a volver al combate y dirigiéndoles contra los troyanos. Áyax alcanza con una piedra a Héctor, que cae inconsciente y es transportado por los suyos a orillas del río Janto. Con renovado valor los griegos reemprenden la lucha imponiéndose a los troyanos y obligándoles a huir.*

## CANTO XV

*Versos 1-746. Los griegos acorralados junto a las naves. En este canto, cuyo título "Contraataque desde las naves" sólo encaja con la primera parte del mismo, culmina el plan de Zeus de llevar a los griegos a una situación desesperada, y promover así la intervención de Aquiles, primero enviando a Patroclo y, finalmente, interviniendo él mismo para vengar a su amigo. Siguiendo la acción del canto anterior, los troyanos en su retirada retroceden más allá del foso y las empalizadas del campamento aqueo. Entonces Zeus se despierta y, al advertir el engaño sufrido, hace que Poseidón abandone la batalla y que Apolo ayude a Héctor, que reaparece y, con ímpetu renovado, hace retroceder a los griegos. Los troyanos se rehacen y Apolo mismo interviene derribando la muralla y sembrando el pánico entre los griegos, que retroceden hasta sus mismas naves. Patroclo, que está observando la batalla junto al herido Eurípilo, decide ir junto a Aquiles por si le convence a intervenir. Héctor acaba con toda resistencia aquea y conduce a los troyanos, con antorchas encendidas, hasta las mismas naves griegas, defendidas ya sólo por Áyax.*

## CANTO XVI

**La Patroclea. Versos 1-47.** *Patroclo se presenta llorando en la tienda de Aquiles, informa a éste del desastre griego y le pide que le deje sus armas para acudir con las huestes de los mirmidones en ayuda de los griegos.*

Mientras combatían griegos y troyanos por las naves, Patroclo llegó hasta Aquiles, sollozando y con expresión de gran pena,

*(Aquiles)* "¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña que va junto a su madre y solloza porque no la lleva en brazos? ¿Es que tienes algo que decirnos al ejército o a mí? ¿Has tenido malas noticias de Ptía<sup>5</sup>? Sin embargo, yo sé que el insigne Menetio, tu ilustre padre, vive aún, y también el mío, Peleo, vive entre los mirmidones; mientras no sepamos su muerte, carecen de fundamento nuestras penas. ¿O es que lamentas la suerte de los árgivos, que perecen en las naves víctimas de sus culpas? Háblame con franqueza, no me ocultes lo que te aflige."

Dando un hondo suspiro, Patroclo respondió:

*(Patroclo)* "¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de tu pueblo! No te enfades conmigo ni te indignen mis lágrimas. Los aqueos yacen casi todos heridos y hay muchos muertos. Los más valientes yacen heridos por las lanzas junto a las naves: Diomedes, Ulises, Agamenón, y Eurípilo tiene el muslo atravesado con una flecha. Y tú, Aquiles, te has vuelto implacable. Ojalá nunca me invada un rencor semejante al que demuestras; parece quieres glorificarte por medio de la desgracia. ¿Para qué te sirve tener un brazo fuerte? ¿A quién podrás ser útil cuando pase la ocasión? ¿Por qué no salvas ahora a los griegos, que están al borde de la muerte? Careces de piedad. Tu padre no fue Peleo, el esforzado jinete; ni Tetis tu madre; debiste ser engendrado por las duras peñas y el furibundo mar. Si no quieres combatir porque te lo impide algún oráculo que te transmitió tu madre en nombre de Zeus, al menos envíame a mí al mando de los mirmidones, a ver si puedo ayudar a los dánaos. Dame tu armadura para ponérmela, a ver si me confunden contigo y los troyanos renuncian a luchar y los griegos puedan tener un momento de respiro."

Así hablaba Patroclo sin saber, desgraciado, que buscaba su propia muerte. Aquiles, el de los pies ligeros, le contestó irritado:

"¿Por qué dices esas cosas, Patroclo? No son los oráculos, ni predicciones de mi madre lo que me impide luchar. Eso nunca sería obstáculo para que yo hiciese mi voluntad; lo que me hace conservar vivo el rencor es recordar que un hombre me ha robado lo que me corresponde, sólo por abusar de su poder; mi corazón no cesa de sufrir por esta causa. ¿Cómo puedo olvidar que el rey Agamenón me arrebató la mujer que los aqueos me dieron como recompensa y que además se ha hartado de insultarme y de tratarme como un miserable? Es cierto que me he propuesto no cesar en mi actitud hasta que la lucha no llegase hasta al lado de mi misma nave; pero, en fin, tal vez no sea justo guardar más la ira en mi corazón. Ponte, si quieres, al frente de los mirmidones, ciñe mi armadura y llévalos al combate. Creo que es el momento, pues los troyanos corren en tropel contra las naves y los defensores de éstas sólo disponen de un breve espacio junto a la orilla del mar. Se nota que los troyanos no ven mi brillante casco; ¡Ah, si Agamenón no se hubiera portado tan vilmente conmigo, yo haría huir al enemigo llenando el foso de cadáveres! Pero ya ni Diomedes puede protegerlos con su lanza, ni el Atrida los anima con sus furiosos gritos; únicamente sobresale por encima del tumulto la voz del valeroso Héctor, que excita cada vez más a sus tropas. ¡Vamos, Patroclo, rechaza toda esa turba de las naves, arrójate sobre ellos, antes de que quemén los barcos y no podamos regresar a la patria! Quiero que hagas lo que voy a decirte, para mayor gloria y provecho tuyo y mío, y así lograr que los aqueos agradecidos me devuelvan a la mujer que retienen y me colmen de magníficos regalos. Tan pronto como les hayas hecho retroceder lo suficientemente, vuelve atrás y no te empeñes en seguir la lucha sin mí, aunque el mismo Zeus quiera que lo hagas. Tampoco te ciegue el triunfo y te dejes llevar impetuoso hasta la ciudad matando enemigos. Ya sabes que hay algunos dioses del Olimpo que protegen a los troyanos, entre ellos Apolo, el arquero; así pues, en cuanto hayas salvado del peligro a los barcos, retírate y deja que los otros griegos peleen en la llanura."

---

<sup>5</sup> Ciudad de donde provienen Patroclo y Aquiles.

*Versos 101-256. Áyax ya no puede resistir más y los troyanos llegan a incendiar una nave, volviéndose insostenible la situación de los griegos. Mientras Patroclo se viste con las armas de Aquiles, este convoca y arenga a sus huestes. Aquiles por último dirige una plegaria a Zeus por el regreso de su amigo, petición que el dios desatiende.*

Aquiles, después de haber hecho nuevas libaciones, guardó la copa en el cofre y salió de la tienda para contemplar la espantosa refriega. Los mirmidones al mando de Patroclo combatían llenos de ardor, esparciéndose fuera de las naves, levantando inmenso clamor. Su jefe arengó así a sus compañeros: "¡Mirmidones, compañeros del Aquiles, sed hombres y mostrad vuestro invencible valor para honrar a Aquiles como él se merece; luchad sin miedo cuerpo a cuerpo, para que comprenda el poderoso Agamenón el crimen que cometió al no honrar debidamente al mejor de los aqueos!"

Con todo ello la lucha se hizo cruel hasta el extremo. Cuando los troyanos vieron a Patroclo y a su escudero, se les desfalleció el ánimo y los batallones se estremecieron, pues creían que el temido Aquiles, renunciando a su cólera, intervenía en el combate. Entonces sólo pensaron en huir para librarse de la muerte.

En torno a las naves la pelea era tumultuosa. Patroclo fue el primero en lanzar su lanza y alcanzó a Pirecmeno, jefe de los peonios, que combatían en carros. Le acertó en el hombro derecho y cayó boca arriba en el polvo con un lamento, y los peonios al ver muerto a su caudillo emprendieron la fuga. Después Patroclo se acercó al fuego de una nave y lo apagó. Quedó el barco medio abrasado, pero los troyanos huyeron a gran velocidad. Otras naves también fueron apagadas, y los aqueos quedaron tranquilos al ver alejarse peligro del incendio de la escuadra.

Pero el combate no terminó allí. Los troyanos aunque habían retrocedido aun oponían resistencia.

Primero, el fornido Patroclo lanzó con su lanza a Areílico, que había vuelto la espalda, y se la clavó por el muslo, rompiendo el hueso y haciéndole caer de bruces a tierra. Menelao alcanzó a

Toantes en el pecho, y el Filida, que estaba al acecho del ataque de Anficlo se le adelantó y le atravesó con la lanza la parte superior de la pierna, desgarrándole los músculos y la oscuridad cubrió los ojos del guerrero. El Nestórida hirió a Atimnio, atravesándole la mandíbula; su hermano Maris, al verlo caer, arremetió airado contra Antíloco pero Trasimedes, antes que pudiera disparar, le hirió en el hombro.

Ayax Oilíada mató a Cleóbulo, atravesándole la garganta con su espada. Peneleo y Licón, tras fallar con las lanzas, se atacaban con la espada. El segundo asestó un golpe al primero en el casco, y su arma se rompió, con lo que Peneleo pudo clavó toda la espada por el cuello debajo de la oreja, dejando a la cabeza de Licón colgada por la piel.

Meriones dio alcance a Acamante cuando éste subía a su carro y le hirió en el hombro, y Eridamante le clavó a Idomeneo la lanza por la boca, atravesándole la cabeza por debajo del cerebro y rompió los huesos; los dientes saltaron al recibir el impacto y sus ojos se llenaron de sangre, que también manó de su boca y nariz. La muerte, como si fuera una nube oscura, le envolvió para siempre.

Así, cada uno de los caudillos de un ejército mataba a cada uno de los caudillos del contrario [...]. Mientras, Patroclo y los suyos perseguían con furia a los troyanos y Patroclo buscaba con anhelo a Héctor, para herirle con su lanza. Pero los caballos del Príamida eran rapidísimos y estaba ya lejos. Patroclo rompió las primeras falanges del enemigo y se colocó en tal situación para impedir a los batallones acercarse a su ciudad. Así pues los exterminaba entre las naves, el río y las murallas de Ilión. Al primero que alcanzó fue a Pronoo, dándole en el pecho en un lugar descubierto por el escudo. Cayó el troyano, y en seguida Patroclo se lanzó sobre Textor, hijo

de Enope, que se hallaba dentro de su carro con mucho miedo, habiendo dejado escapar la riendas de sus manos. Le clavó la lanza en la mejilla derecha, y tiró de él por encima del barandal, lo mismo que el pescador saca del mar un pez enorme suspendido del anzuelo, lo sacó del carro con la boca abierta y lo arrojó al suelo con inmensa fuerza, haciéndole perder la vida. A Erialo le partió la cabeza con una piedra y el teucro cayó de bruces el suelo y murió. Luego fue matando a Erimante, Anfótero, Epaltes, Tlepólemo, Equio, Piris, Ifeo, Evipo y Polimelo Argéada.

Sarpedón, al ver cómo caían sus compañeros, gritó a los licios:

"¿Por qué huís tan vergonzosamente? Pues bien, iré yo solo al encuentro de ese guerrero para ver si logro enterarme de quien es y lucharé con él hasta vencer o morir."

Dicho esto saltó del carro a tierra, mientras Patroclo hacía otro tanto. Y se arrojaron el uno contra el otro como dos negros cuervos de afiladas garras y agudos picos.

Al verlos Zeus, habló compadecido a Hera, su hermana y esposa:

"¡Ah Hera! los Hados disponen que Sarpedón, a quien tanto amo, muera a manos de Patroclo. Aquí me tienes vacilando entre estas dos ideas: ¿le sacaré vivo de la batalla, enviándole a la opulenta Licia o dejaré que muera a manos del hijo de Menetio<sup>6</sup>?"

"¿Qué dices, terrible dios? -respondió Hera, espantada ante su vacilación- ¿Quieres salvar a este hombre condenado desde hace tiempo a morir? Ten en cuenta que todos los dioses lo desaprobaremos, y escucha esto que te digo: Si conservas vivo a Sarpedón, también cada uno de los dioses querrá salvar al guerrero que más ame pues cerca de la ciudad de Príamo combaten muchos hijos de dioses. Por querido que te sea Sarpedón, deja que caiga a manos de Patroclo, y cuando el aliento y la vida le abandonen, envía a la Muerte y al Sueño, para que le transporten a

Licia, y allí su familia le hará los debidos honores."

Así habló y Zeus envió sobre la tierra una lluvia de sangre para honrar a su hijo bien amado, a quien Patroclo debía matar en la fértil Troya, lejos de su patria.

Estando frente a frente los dos héroes, Patroclo arrojó la lanza, y le dio en el vientre al ilustre Trasimedo, escudero del rey Sarpedón, quien también arrojó su lanza pero erró el tiro. Su reluciente lanza en vez de alcanzar a Patroclo, se hundió en el pecho de Pédaso, el magnífico caballo, quitándole la vida, quien al caer hizo encabritarse a los otros caballos, con grave peligro para Patroclo; pero Automedonte desenvainó su espada y cortó de un tajo los tirantes de los corceles, que se enderezaron de nuevo. Los héroes en tanto, se acometían con furia.

Sarpedón arrojó otra reluciente lanza, también sin acierto, pues pasó por encima de Patroclo sin herirle. Patroclo arrojó la suya, acertándole cerca del corazón. Cayó el héroe arañando el polvo con las ensangrentadas manos y rechinándole los dientes. Así el caudillo de los licios, herido mortalmente por Patroclo, gemía y hablaba de este modo a su compañero Glauco:

"Glauco, amado amigo, si eres ciertamente tan valeroso como dice tu reputación, ahora es el momento de adquirir mayor gloria, dando pruebas de tu arrojo; ordena que vengan los capitanes a defender el cuerpo de su general y tu evítame la afrenta y el ultraje de que el enemigo me despoje de mis armas!"

Las tinieblas de la muerte le cubrieron los ojos. Patroclo, apoyó el pie sobre su pecho y le arrancó la lanza. Con ella le sacó el corazón y extrajo su último aliento de vida. Glauco sintió un inmenso pesar al oír a Sarpedón y no poder socorrerle. Se agarró el brazo que todavía le dolía por la herida que le había causado Teucro cuando asaltaba el muro, mientras dirigía sus plegarias a Apolo, el arquero.

---

<sup>6</sup> Se refiere a Patroclo.

**Versos 514-683.** *Glauco va en busca de Héctor y Eneas para que le ayuden y se entabla un duro combate entre griegos y troyanos por el cuerpo de Sarpedón hasta que Patroclo consigue arrancarle las armas y Zeus finalmente rescata el cuerpo de su hijo para llevarlo de vuelta a su tierra donde será enterrado.*

Patroclo fustigó a los caballos y animó a Automedonte a perseguir a licios y troyanos, sin darse cuenta de con ello corría a su perdición. ¡Insensato! Si hubiese seguido el consejo de Aquiles, la Parca y la Muerte tenebrosa habrían huido de su lado. Pero el pensamiento de Zeus, superior al de los hombres, cambió el pensamiento del guerrero y lo inflamó de ánimo para luchar hasta las murallas de la ciudad de Troya.

Los primeros que cayeron bajo su avance fueron Adrasto, Antónoo, Equeclo, Périmo, hijo de Megas, Epistor y Melanipo; después Elaso, Mulio y Pilartes. Al verlos caer, sus compañeros emprendieron la fuga. Poco faltó para que, gracias a Patroclo, que combatía con furia inaudita, los aqueos tomasen Troya, pero Apolo, resuelto a lo contrario, detuvo tres veces a Patroclo y enardeció a los troyanos agitando desde lo alto de la muralla su divino escudo. Al cuarto ataque infructuoso de Patroclo, el arquero le dijo con grandes voces:

"Retrocede, intrépido guerrero, pues tu destino no es saquear la ciudad de los altivos troyanos con tu lanza, ni tampoco es el de Aquiles que es mejor que tu".

Dijo esto, y Patroclo, temeroso de atraer sobre sí la cólera del dios, se alejó en silencio.

Mientras tanto, Héctor, que se hallaba con su carro en la puerta Esceas, dudaba entre volver al combate lanzándose en medio del enemigo o mandar a la tropa que se refugiase tras de la muralla. En esto se le presentó Apolo en figura del joven y esforzado Asio, hermano de Hécuba, que vivía en la Frigia.

(*Apolo*) "¿Qué te ocurre, Héctor que eludes el combate? Vuelve en ti, no seas cobarde. Te aseguro que si yo no fuese tan inferior a ti en

fuerza te haría pagar caro tu cobardía. Si te queda algo de vergüenza acude al combate y ahoga tu ira con la sangre de Patroclo. Es posible que Apolo te proteja y te otorgue la victoria."

Acto seguido, el dios se lanzó a la batalla y Héctor hizo lo propio ordenando a Cebrión que picara a los caballos. El Príamida se dirigió rectamente hacia Patroclo, quien al verle saltó del carro y cogiendo una enorme piedra se la tiró a Cebrión, auriga de Héctor e hijo bastardo del ilustre Príamo, dándole en medio de las cejas, y roto el hueso se le desprendieron los ojos y cayó de cabeza como se echan al mar los nadadores. Patroclo se burló, diciendo:

"¡Oh dioses! He aquí un troyano tan ágil que ha saltado como el mejor de los nadadores. Si estuviésemos junto al mar, abundante en peces, hubiera sido magnífico verle bucear a este hombre, aunque las aguas estuviesen agitadas. Pescaría mucho en el fondo demostrando que también hay en Troya excelentes nadadores. ¡Nunca vi saltar de un carro con tan graciosa voltereta!"

Dicho esto Patroclo se lanzó sobre Cebrión para arrebatarse sus armas y, por su parte, Héctor corrió a impedirlo y ambos trabaron pelea en torno al caído. Héctor logró agarrarlo de la cabeza y ya no lo soltaba; por su parte, Patroclo lo sujetaba por el pie. Entretanto los demás griegos y troyanos entablaban junto a ellos una encarnizada batalla.

Las lanzas y las flechas se clavaban en los cuerpos y las pesadas rocas rompían los escudos. En medio de aquella confusión, allí yacía el cuerpo exánime de Cebrión cubierto de polvo y sangre.

Mientras brilló el sol en el firmamento las pérdidas fueron casi iguales para los dos ejércitos. Pero cuando aquél se ocultó tras el

horizonte los aqueos empezaron a llevar la mejor parte. Lograron sacar el cuerpo de Cebrión lejos de las acometidas del enemigo y ya en lugar seguro le quitaron la hermosa armadura.

Patroclo, cuya furia llegaba a su extremo, arremetió una y otra vez contra los teucros, con grandes gritos e imprecaciones y tres veces mató a nueve hombres. Pero cuando por cuarta vez se arrojó a la pelea se vio claramente que su fin estaba cerca pues Apolo salió a su encuentro. Como el dios no era visible, a causa de ir envuelto en una espesa nube, se colocó detrás del héroe y le dio un golpe en la espalda con la mano. Los ojos del esforzado caudillo se oscurecieron y horrible vértigo se apoderó de él; su casco rodó por el suelo con gran ruido y el penacho quedó todo manchado de polvo y sangre. ¡Nunca aquel casco adornado de crines de caballo, tan orgulloso al viento, se había caído, pues había sido del poderoso Aquiles, y éste lo llevaba orgulloso sobre su altiva cabeza! Patroclo lo llevaba entonces porque Zeus quiso honrarle con ello durante el breve tiempo de su vida. La poderosa lanza cayó también de su mano rota e inútil y también el escudo, y la propia coraza cayó de los hombros al suelo. Al verlo el asombro y el terror se apoderó de su espíritu, quedando inmovilizado de espanto; por eso le fue posible al troyano Euforbo aprovecharse de la situación y clavarle la aguda lanza por la espalda. Pero el lanzazo no hizo sucumbir a Patroclo y su agresor le arrancó la lanza del cuerpo, corriendo a refugiarse entre los suyos sin esperarse, a pesar de verle herido. Patroclo, doblegado por el golpe del dios y por la lanza empezó a replegarse entre sus compañeros para eludir la Parca<sup>7</sup>.

Pero cuando Héctor vio la retirada precipitada de Patroclo, le dio alcance y le atravesó con la lanza la parte inferior del vientre, saliéndole la punta por la espalda. Cayó entonces el héroe con gran estrépito, produciendo consternación en los griegos. Así, Héctor, hijo de Príamo, mató a Patroclo, que a tantos había dado muerte.

Héctor, jantancioso, gritó su triunfo:

"Patroclo, esperabas destruir hoy nuestra ciudad y hacer cautivas a nuestras mujeres e hijas y llevártelas a tus naves. ¡Majadero! ¿No sabías que Héctor estaba aquí? ¿Que sabe defender todo lo que tú atacas y que mientras yo sostenga una lanza no llegará para nuestras mujeres el día de su cautiverio? Ahora tu cadáver servirá de pasto a los buitres. ¡Desdichado! Ni Aquiles con todo su poder te ha valido. Él se ha quedado en las naves muy tranquilo, después de hacerte sensatas recomendaciones. Seguro que te ha dicho "No vuelvas a las cóncavas naves, Patroclo insigne, sin haber destrozado la coraza de Héctor y teñido en sangre su pecho." Ya ves, necio, lo que te ha ocurrido por seguir sus consejos."

Pero Patroclo, antes de expirar, aun pudo decir con voz débil:

"Héctor, no te jactes de tu hazaña con tan altivas palabras, pues la victoria se la debes a Zeus y a Apolo, que son los que me han vencido; sin su ayuda, veinte guerreros como tu no hubieran podido vencerme, sino que habrían muerto a mi manos. El hado funesto es quien me mata, valiéndose de Apolo, entre los dioses, y de Euforbo, entre los hombres; tú lo único que has hecho es correr a robarme las armas; pero no olvides una cosa: tú tampoco vivirás mucho; el hado cruel se te acerca para hacer que el formidable Aquiles te dé la muerte."

Apenas pronunció estas palabras el velo de la muerte le cubrió y su alma descendió al Orco sollozando, pues el cuerpo en que hasta entonces había encarnado era joven y hermoso.

Héctor, todavía soberbio, exclamó:

"No te las des de profeta, Patroclo, que no creo en tus predicciones. Puede muy bien ocurrir que sea Aquiles, hijo de Tetis, quien muerda el polvo traspasado por mi lanza."

Y tras decir esto, puso el pie sobre el cadáver, arrancó su poderosa lanza y lo volvió de espaldas. Vio entonces a Automedonte, compañero de armas de Aquiles, y se dirigió contra él, pero no pudo alcanzarle, porque los caballos inmortales que los dioses regalaron a Peleo, padre de Aquiles le alejaron de la batalla a gran velocidad.

---

<sup>7</sup> La Muerte

## CANTO XVII

**Versos 1-761. Combate por el cadáver de Patroclo y las armas de Aquiles.** Muerto Patroclo, su cadáver queda tendido en pleno campo de batalla. Euforbo, el primer troyano que hirió a Patroclo, intenta hacerse con las armas de su víctima, en realidad las de Aquiles, pero cae muerto a manos de Menelao, principal protagonista en el combate por parte de los griegos. Menelao retrocede ante Héctor, que se apodera de las armas de Aquiles. Áyax es junto con Menelao el más destacado en la defensa del cadáver del infeliz Patroclo. Los dos caballos inmortales del carro de Aquiles lloran la muerte del héroe mirmidón y son consolados por Zeus. Reavivada la lucha, Menelao va en busca de Antíloco, el hijo de Néstor, y le pide que lleve a Aquiles la noticia de la muerte de Patroclo. Finalmente, Menelao y el auriga de Aquiles, Meriones, protegidos por los dos Áyax, consiguen sacar del campo de batalla el cadáver desnudo de Patroclo.

## CANTO XVIII

*Versos 1-38. Aquiles se entera de la muerte de Patroclo. Antíloco llega a la tienda de Aquiles y le comunica la mala noticia. El héroe llora desconsoladamente, y su llanto es oído por su madre Tetis.*

*Versos 127-242. Tetis advierte a su hijo que no entre en combate hasta que ella le procure unas armas nuevas, fabricadas por Hefesto. Por su parte, los griegos huyen hasta las naves y el cadáver de Patroclo está a punto de caer en manos de los troyanos. Avisado por los dioses del peligro, Aquiles emite desde encima del foso tres aterradores gritos que ponen en fuga a los troyanos, y los aqueos consiguen finalmente llevarse al campamento el cadáver de Patroclo. Hera acelera la puesta de sol para que concluya la lucha. Acaba así el tercer día de batalla, que había empezado en el canto XI.*

*Versos 243-322. Por la noche, los troyanos se reúnen en asamblea y Polidamante advierte por tercera vez del peligro de seguir combatiendo fuera de la ciudad con Aquiles ya reincorporado a las filas griegas, pero Héctor desoye de nuevo tal advertencia. Los griegos, por su parte, lloran durante toda la noche ante el cuerpo de Patroclo.*

*Versos 323-342. Llanto de Aquiles ante el cadáver de Patroclo.*

*Versos 343-368. Mientras los griegos arreglan el cadáver de Patroclo, Zeus y Hera comentan cómo la voluntad de los inmortales siempre se impone sobre los hombres.*

**Versos 369-617. Fabricación de las armas.** Tetis es recibida en el palacio de Hefesto, quien, atendiendo los deseos de la diosa, fabrica nuevas armas para Aquiles. La descripción pormenorizada del escudo, en el que se hallan representadas variadas escenas de la vida de dos ciudades, una en paz y otra en guerra, ocupa el final del canto.

## CANTO XIX

*Versos 1-53. Al amanecer del día siguiente, Tetis se presenta en la tienda de Aquiles con las nuevas armas fabricadas por Hefesto, e infiltra néctar y ambrosía en el cadáver de Patroclo para conservarlo incorrupto. Aquiles convoca a todos los aqueos a una asamblea, a la que no faltan, a pesar de sus heridas, Diomedes, Ulises y Agamenón.*

*Versos 54-143. Renuncia a la cólera y reconciliación con Agamenon.*

*Versos 144-408. A pesar de la impaciencia de Aquiles por ir al combate, Ulises propone comer primero para afrontar con fuerzas la batalla. Tiene lugar entonces la entrega de los regalos prometidos y la reconciliación formal de los dos caudillos enemistados. Briseida, recién devuelta a Aquiles, llora ante el cadáver de Patroclo, por quien sentía un sincero afecto. Aquiles y los griegos se arman para la inminente batalla. Uno de los caballos de Aquiles, Janto, cobra voz humana y profetiza a su dueño su muerte cercana.*

## CANTO XX

**Versos 1-503. Batalla de los dioses (Teomaquia).** Zeus convoca a los dioses a una asamblea y les autoriza a intervenir en la guerra por temor a que, con Aquiles reincorporado al combate, se anticipe demasiado el fin de Troya. Los dioses se trasladan al campo de batalla y toman decididamente partido por uno y otro bando: a favor de

los griegos están Hera, Atenea, Poseidón, Hermes y Hefesto; con los troyanos, Ares, los hermanos Apolo y Ártemis, con su madre Leto, el río Janto y Afrodita, madre de Eneas. Su intervención se limita de momento a animar a la pelea o proteger a los combatientes, y será en el canto siguiente cuando tendrá lugar la verdadera batalla de los dioses. Eneas, animado por Apolo se enfrenta a Aquiles y es salvado en última instancia por Poseidón, que se apiada del troyano. Aquiles y Héctor exhortan a sus respectivas tropas. Aquiles se cobra numerosas víctimas de los troyanos, entre ellos Polidoro, hijo de Príamo. Al verlo, su hermano Héctor no duda en enfrentarse a Aquiles y sólo la intervención de Apolo logra salvarlo. Aquiles, cuya protagonismo en los combates es destacado de forma especial en este canto, sigue haciendo estragos entre los enemigos y con su furor provoca la huida despavorida de los troyanos.

## CANTO XXI

**Versos 1-384. La batalla a orillas del río.** Aquiles hace una masacre de troyanos junto al río Escamandro, llamado Janto por los dioses. Entre ellos está Licaón, otro hijo de Príamo, a quien mata desarmado y suplicante. El río, indignado ante tal carnicería en sus aguas, amenaza a Aquiles. Pero éste, desoyendo la advertencia del dios fluvial, prosigue la matanza. El río entonces se desborda y a punto está de matar con su oleaje a Aquiles, que sostiene un combate con aquél. Pero intervienen los dioses y Hefesto consigue con su fuego dominar al río.

**Versos 385-520. Teomaquia.** Tiene lugar una nueva batalla entre los dioses, que ahora combaten ya directamente entre ellos: Atenea golpea a Ares con una piedra; Apolo, sin embargo, se resiste a combatir con Poseidón a causa de los mortales; a Ártemisa, más agresiva que su hermano, la frena Hera golpeándola con el arco en el rostro. Finalmente los dioses se retiran al Olimpo.

**Versos 521-611.** Perseguidos por Aquiles, los troyanos huyen a refugiarse a Troya, cuyas puertas han sido abiertas por orden de Príamo. Apolo, único dios que queda en el campo de batalla, toma la figura del troyano Agénor y hace que Aquiles le persiga, desviando a éste del camino a Troya y dando así tiempo a que los troyanos se refugien dentro de la ciudad.

## CANTO XXII

**Versos 1-32.** A salvo dentro de los muros de la ciudad los troyanos recobran el aliento, pero Héctor se ha quedado fuera delante de las puertas Esceas. Apolo entonces se descubre ante Aquiles y éste, advirtiéndole el engaño, corre veloz hacia Troya. Desde la muralla Príamo lo ve venir.

El viejo Príamo fue el primero en verle cruzar la llanura y tembló de pánico por su hijo y, mesándose los blancos cabellos comenzó a llamar con grandes voces a Héctor, diciéndole que entrase:

"¡Héctor! No esperes solo y sin ayuda a ese hombre, que es más fuerte que tú. ¡Ah ese miserable! Si los dioses le odiaran como debieran y como él se merece, su cadáver pronto sería alimento de buitres y alimañas. ¡De cuántos hijos me ha privado ya su lanza! A otros los ha vendido en lejanas islas, y ahora mismo no veo a mis hijos Licaón ni a Polidoro. Si se hallan vivos los rescataré, pues tengo mucho oro y bronce. Pero si se encuentran ya en la morada de Hades, a su madre y a mí sólo nos queda llorarles sin consuelo. ¡Entra, entra, hijo mío, en la ciudad! Los troyanos te necesitan. No le des a Aquiles la gloria

de su triunfo sobre ti. Apiádate de mí. En mi vejez, me encuentro abrumado por todas las desgracias: mis hijos muertos, mis hijas arrastradas a la esclavitud, mi hogar destruido, mis nietos asesinados y mis nueras cautivas o violadas por los aqueos. Ahora sólo me quedará caer yo mismo destrozado y ser pasto los perros."

El anciano habló así desesperado pero no logró conmover el alma de Héctor. También la madre del héroe gemía y lloraba,

"¡Héctor, hijo mío! Mira mi pecho, del que te amamantabas en tu tierna infancia, considera mi dolor y apiádate de mí. Entra en la ciudad, y, defendido por sus murallas, rechaza a ese hombre, pero no le hagas frente. Si luchas con él, te matará y no podré ni llorar sobre tu lecho, ni tampoco tu amante esposa, porque Aquiles es brutal e implacable y te llevará junto a sus naves para que los perros devoren tu cadáver."

De esta manera clamaban Príamo y Hécuba, sin lograr persuadir a su hijo, que aguardaba quieto a Aquiles. Apoyado el escudo contra un relieve de la muralla, decía para sí:

"¡Ay de mí! Ojalá hubiera hecho caso a Polidamante, cuando me aconsejó que me refugiase con las tropas en la ciudad, pero por desgracia no lo hice. Si ahora me refugio, me llamarían cobarde, y troyanos y troyanas me culparían de la derrota de las tropas y de la pérdida de Troya. Solo queda morir a manos de Aquiles o matarle y entrar luego en la ciudad. Pero ¿y si dejo escudo, casco y lanza junto a la muralla y marchó desarmado al encuentro de Aquiles y le propusiese devolver a los aqueos a Helena y sus riquezas, causa de la guerra, y darle la mitad de lo que la ciudad contiene? Pero ¿qué necios pensamientos son éstos? Insensato de mí. Si hiciese eso, me mataría indefenso, como a una mujer. El hijo de Peleo es implacable y cruel. Lo mejor es combatir, y sea Zeus quien da la victoria al que prefiera de los dos."

Esto pensaba mientras veía a su adversario echársele encima con ímpetu, revestido por su armadura, que relucía como el mismo sol. Al verlo, se apoderó de Héctor tal pánico, que no tuvo valor para esperarlo y huyó de allí, y el Pélida corrió detrás de él con velocidad de rayo.

Aquiles volaba más que corría tras de Héctor, el cual impulsado por el miedo, marchaba vertiginosamente en torno a la muralla. Tres veces dieron la vuelta a la ciudad a toda la velocidad que les permitían sus hábiles piernas, contemplados por todos los dioses del Olimpo. De pronto Zeus exclamó:

"Veo el peligro en que se encuentra un varón al que amo. Su desgracia me conmueve, pues no olvido los numerosos sacrificios que me realizó desde la ciudadela de Troya. Ved con qué cruel furor le persigue Aquiles. ¿Le libraremos de la muerte o le dejaremos morir a manos del Pélida?"

Atenea se dirigió a Zeus, diciendo:

"¿Qué dices, padre? Ese hombre mortal ha de cumplir su destino, y tú quieres librarle de él. Puedes hacerlo, pero los demás dioses jamás aprobaremos tu decisión."

Zeus, el que amontonas las nubes, le respondió:

"Tranquilízate hija. No le he dicho con ánimo resuelto y quiero ser complaciente contigo. Actúa como tenías pensado y no te detengas.

Y dando un salto Atenea emprendió el vuelo y descendió del Olimpo.

Mientras tanto, el veloz Aquiles iba dando alcance a Héctor. Cada vez que Héctor quería alcanzar una de las puertas de la ciudad o acogerse al abrigo de las torres altas y sólidas, desde las que las flechas de los troyanos podrían protegerle, otras tantas Aquiles se le anticipaba y le hacía volver a la llanura. ¿Hasta cuando podría escapar Héctor si su destino era que muriese? Pero una vez más lo logró gracias a la intervención de Apolo que, de cerca, le daba coraje y fuerzas para seguir corriendo.

El divino Aquiles no cesaba de indicar a sus tropas que no atacasen con flechas a Héctor, pues quería reservarse la gloria de matarle. Al dar la cuarta vuelta, Zeus tomó la balanza de oro para comprobar a cuál de ellos le estaba reservada la suerte de morir. El platillo de Héctor descendió hasta el Orco, mientras el de Aquiles subió a los cielos, y al punto Apolo abandonó a Héctor.

Atenea, la de los ojos brillantes, se acercó al Pélida y le dijo:

"¡Oh Aquiles, favorito de Zeus! Echemos a Héctor a su tumba, ya que tantas veces enrojeció estas tierras con sangre griega. Haga lo que haga Apolo, y aunque se eche a los pies de Zeus y se abraze a sus rodillas, todos sus ruegos serán inútiles; descansa, pues, un momento mientras que yo voy a convencer a Héctor de que no tenga miedo y te haga frente."

Al oír a Atenea, el Pélida se inundó de alegría y se paró, apoyándose en su lanza. Mientras, Atenea se acercó a Héctor tomando la figura y la voz de valiente Deifobo.

(*Atenea*) "Hermano querido, he visto cómo el veloz Aquiles te persigue así que vengo en tu ayuda, unamos nuestros esfuerzos y rechazemos su ataque."

El corazón de Héctor se alegró y exclamó, lleno de esperanza:

"Deifobo, antes ya eras mi hermano preferido, pero desde ahora mi cariño hacia ti será mayor que nunca, porque tú solo, entre los demás, tienes el valor de venir en mi ayuda."

"No creas, hermano mío -dijo Atenea-, que me ha sido fácil hacerlo, pues todos, incluso nuestros padres, se oponían a que viniese, y hasta se abrazaban a mí para impedirme salir, pues los dos tienen un terror inmenso a ese hombre. Vayamos directos hacia él con nuestras lanzas. Veremos si nos mata a los dos o si es él quien muere bajo tu lanza."

Atenea echó a andar la primera, con objeto de inspirarle confianza, hasta que llegaron cerca de Aquiles. Entonces Héctor dijo:

"Pélida, no rehusaré más el combate; es cierto que no me he atrevido a esperarte y he dado la vuelta tres veces a la ciudad huyendo; pero ahora no es lo mismo; tú o yo hemos de morir; pero antes hagamos un juramento. Si Zeus me concede la victoria, no ultrajaré tu cuerpo, contentándome con quitarte tu armadura y entregaré tu cadáver a los aqueos; prométeme tú que si me matas harás lo mismo."

Aquiles, mirándole con ojos coléricos, respondió:

"¡Maldito! ¿Qué tengo yo que ver con tus pactos y juramentos? Entre tú y yo no puede haber acuerdos, sino odio implacable que, teñido de sangre, complazca por su crueldad a Ares. Aunque intentes defenderte será inútil. Atenea te hará caer bajo mis golpes, y así pagarás todo el daño que has hecho a mis amigos con tu lanza."

Inmediatamente blandió y arrojó la lanza formidable hacia Héctor, quien al verla venir pudo evitarla, quedando el arma clavada en el suelo; pero Palas Atenea, sin tardanza, la arrancó y se la entregó a Aquiles, sin que se diese cuenta Héctor.

Entonces dijo Héctor al poderoso Pélida:

"¡Has fallado Aquiles! Decías conocer mi destino a través de Zeus pero era mentira. No eres más que un charlatán y un embustero que solo quería

asustarme y hacerme olvidar la furia y el coraje. ¡Ojala clave la lanza entera en tu cuerpo! Cuando mueras, la guerra será más fácil para los troyanos, pues tú eres su mayor calamidad."

Esto dijo, y blandiendo la poderosa lanza, la arrojó, acertando en el escudo del Pélida, contra el que chocó terriblemente; pero el guerrero supo rechazarla con un movimiento. Héctor, al verse indefenso, pidió a grandes gritos a Deifobo su larga lanza, pero su hermano ya no estaba a su lado:

"¡Ah! -exclamó amargamente, comprendiendo el engaño de Atenea - Era ella y no Deifobo la que estaba a mi lado. Ya no podré evitar mi muerte. En otro tiempo, Zeus y Apolo me protegían, pero hoy me abandonan a la negra Parca. Sin embargo, no moriré sin gloria, sino con una proeza que recuerden los tiempos venideros."

Pensando en esto desenvainó su espada, se cubrió con el casco y se arrojó sobre Aquiles.

Pero Aquiles, con el corazón rebosante de brutal alborozo, se lanzó también sobre él mientras buscaba con los ojos en el hermoso cuerpo de Héctor el lugar más vulnerable. Al fin notó que entre la coraza y el casco quedaba a la vista parte de la clavícula, un hueco cerca de la garganta. Aquiles le metió la lanza por aquel lugar atravesándole el cuello de tal modo que la punta del arma le salía a Héctor por la nuca, Mas no le cortó la garganta con lo que Héctor aun podía hablar.

Entonces, Aquiles, jactándose de su triunfo, dijo:

"Héctor, sin duda creíste que después de matar a Patroclo podrías vivir tranquilo y seguro. ¡Insensato! En las naves quedaba yo, dispuesto a vengar a mi amigo, que queda vengado y honrado con magníficos funerales, en tanto los tuyos serán los que te otorguen los perros hambrientos y las aves siniestras,"

Respondió Héctor con voz agonizante:

"¡Te lo suplico, Aquiles, por lo que más ames, por tu alma y por la vida de tus padres! No permitas que me devoren los perros junto a las naves. Mi padre Príamo y mi desdichada madre te darán oro y bronce en abundancia; pero entrega mi

cadáver a los míos, para que lo lleven a palacio y los troyanos me pongan en la pira."

Iracundo, con los ojos relampagueantes, le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

"¡Perro! No me supliques ni intentes tocarme; quisiera despedazarte y comerme cruda tu carne, tanto es el daño que me has hecho. Aunque me den todo el oro del mundo tiraré tu cabeza a los perros. Ni tu madre ni tu padre podrán poner tu cadáver en el lecho funerario. Las aves de rapiña y los perros serán los que se darán un buen festín con tu cuerpo."

Héctor replicó moribundo:

"Ya imaginaba tu respuesta pues no ignoro tu condición de hombre desalmado, de corazón de hierro; pero cuidate de la cólera del cielo, tu barbarie será castigada por los dioses y yo te digo que pronto caerás abatido por los golpes de Paris y de Apolo, junto a las puertas de Troya."

Dichas estas palabras, la niebla de la muerte cegó sus ojos y el alma de aquel cuerpo hermoso y aguerrido bajó a los infiernos, no sin que, por último, le dijese Aquiles, rencoroso:

"¡Muere tú! Que yo ya perderé la vida cuando lo quieran Zeus y los demás dioses."

Acto seguido despojó al cadáver de su ensangrentada armadura, y en seguida acudieron numerosos griegos para ver a Héctor, sin que ninguno dejase de herirle mientras asestaban a su cuerpo un golpe de espada o de lanza.

El divino Aquiles, se dirigió a los aqueos diciéndoles:

"¡Valerosos jefes, ya que el cielo me ha concedido vencer a este hombre que tantos daños nos ha causado, ataquemos sin tardanza la ciudad. La ausencia de Héctor habrá trastornado a los troyanos. No tendrán el coraje de defenderla; pero ¿qué digo? Patroclo está todavía insepulto sobre su lecho fúnebre y llorar ante él debe ser el primero de mis obligaciones; no le olvidaré mientras me quede vida, y si en el Orco se olvida a los muertos, yo tampoco olvidé allí a mi buen amado. Entonad cánticos triunfales al arrastrar el cuerpo de Héctor."

No contento con los insultos que había proferido contra el muerto, quiso ultrajarle más cortándole los tendones de ambos tobillos hasta el talón. Luego, con correas de piel de buey, le ató a la parte trasera de su carro, de modo que la cabeza fuese arrastrando por el suelo. De un salto subió al carro y fustigó a los caballos que corrieron alegremente. La cabeza del cadáver, antes tan hermosa, iba ensangrentada y chocando contra el suelo, sin que Zeus impidiese que se le hiciese semejante agravio al héroe troyano en su propia patria.

La madre de Héctor, al ver esta horrible escena, se arrancó los cabellos, se rasgó el blanco velo y prorrumpió en conmovedores sollozos. Su padre suspiraba tristemente y las gentes en la ciudad sollozaban entre lamentos.

Los caudillos que rodeaban a Príamo, tuvieron que detenerle, pues el anciano quería salir y lanzarse contra los griegos. Otras veces decía:

"Dejadme que busque a Aquiles, tal vez respete mi edad y se compadezca de mi cabellera blanca. Es posible que conmueva su corazón. Pero no, Peleo al darle vida, trajo al mundo la ruina de los troyanos, el azote de mi vejez y el llanto y el dolor de la ciudad. ¡Cuántos de mis hijos ha matado en la flor de la edad! La muerte de ninguno de ellos me duele tanto como la de Héctor. Esta me destroza por la pena. Si al menos hubiera muerto en mis brazos, su madre y yo podríamos sollozar sobre su cuerpo."

Todos sollozaban y Hécuba comenzó ante las mujeres troyanas los lamentos del funeral:

"¡Hijo mío, querido Héctor!, me será difícil sobrevivir a esta desgracia, ¿para qué estoy viva, si tú has muerto? Tú, que eras mi gloria en Troya y el encanto de las troyanas, que como a un dios te recibían."

La mujer de Héctor no sabía todavía nada, pues ningún mensajero la había avisado de que su esposo permanecía fuera de las puertas de Troya. Allá, en su morada, bordaba riquísima tela con hermosas flores mientras ordenaba a sus servidoras que preparasen un baño caliente para Héctor cuando el héroe regresara del combate. Ignorante de su infortunio, no sospechaba que

Atenea, por mano de Aquiles, había matado a Héctor.

Oyó los gemidos y llantos que llegaban desde la torre y sus miembros flaquearon temblorosos:

*(Andrómaca)* "¡Qué dos me acompañen a ver lo que suceda!, porque me parece haber oído la voz de la madre de Héctor y grandes sollozos. Mi corazón palpita en mi pecho y me tiemblan las rodillas. ¡Ojalá me equivoque! pero temo que el divino Aquiles haya perseguido al bravo Héctor fuera de las murallas y lo haya vencido."

Así habló y salió rápida y desencajada del palacio. Iba como loca, con el corazón palpitante, corriendo, seguida de sus esclavas. Cuando llegó a la torre y tendió su vista por la llanura, pudo ver cómo los veloces corceles del carro de Aquiles arrastraban el cadáver de su esposo. Al instante se desplomó desmayada sobre el suelo. Y también al suelo cayeron, desprendiéndose de su cabeza, los ricos adornos, la redecilla, las bandas de seda y el velo de oro que le dio Afrodita el día en que Héctor se la llevó del palacio de su padre. Las hermanas y las cuñadas de Héctor la levantaron, sosteniéndola en sus brazos, en tanto ella volvía en sí. Cuando recobró el conocimiento dijo así, en medio de las troyanas:

"¡Oh Hector! Qué desdichada soy. Nacimos para un mismo y cruel destino; tú, en Troya, en el

palacio del rey Príamo; yo, en Tebas. Ojalá no hubiese nacido. Ahora tú descienes al Hades, al seno de la tierra y me dejas aquí destrozada por la pena. Ya no protegerás, Héctor, a nuestro hijito, quien, aunque escape de esta guerra, tendrá que sufrir el trabajo y el dolor, porque quedará arruinado. Cuando crezca le rechazarán de los banquetes y hasta le pegarán diciéndole: ¡Vete, que no tienes padre que asista a nuestras fiestas! Entonces el joven regresará junto a su madre viuda. Qué cambio horrible para mi pobre Astianacte, que antes solía comer sentado en las rodillas de su padre y que cuando dormía sobre dulce lecho, sentía lleno de delicia su corazón. ¡Astianacte, nombre que los troyanos te daban porque tu padre, Héctor, sabía defender él solo las altas murallas, sufrirás mil desventuras! A tu padre, Héctor, le comerán los gusanos, lejos de ti y de nosotros, mientras los perros se hartarán de su carne. Héctor, aquí conservas las hermosas y ricas vestiduras, que manos de mujeres hicieron para ti. Yo quemaré en el fuego todas estas galas, ya que no me es posible que te entierren con ellas. En tu honor y en medio del pueblo troyano, serán abrasadas en la pira."

Todas las troyanas la acompañaron en su dolor y lamentaciones, y ella, con el corazón deshecho, sintió que no podía ser más desgraciada

## CANTO XXIII

*Versos 1-107. En el campamento griego se inician las ceremonias funerarias por Patroclo. Los mirmidones dan tres vueltas con sus caballos en torno al cadáver y se celebra el banquete fúnebre. Cuando más tarde Aquiles, vencido por el cansancio, se queda dormido a orillas del mar, se le aparece en sueños el alma de Patroclo.*

*Versos 108-261. Los funerales de Patroclo. A la mañana siguiente, los griegos reúnen leña y se prepara la pira. Aquiles ofrenda su cabellera al difunto Patroclo. Se depositan otras ofrendas en la pira y Aquiles sacrifica junto a caballos y perros, a doce jóvenes troyanos. Invocados por Aquiles, los vientos acuden a avivar el fuego de la hoguera mortuoria. Al día siguiente, una vez apagada la pira, recogen los huesos del héroe muerto, los guardan en una urna de oro y construyen su tumba.*

*Versos 262-897. Los juegos funerarios. Tras el funeral se celebran distintas competiciones deportivas en honor del muerto: carrera de carros, pugilato, lucha, carrera pedestre, combate con armas, lanzamiento de disco, tiro con arco y lanzamiento de jabalina. El buen ánimo que preside estas pruebas, cuya descripción ocupa la segunda parte del canto, con rasgos incluso de humor, contrasta con todo el luctuoso duelo y abatimiento de ánimo anterior. Por otro lado se nos presenta un Aquiles afable y tolerante, muy distinto al Aquiles vengativo, violento e intratable, como hasta ahora se nos había descrito, y que anuncia ya su cambio de actitud en el próximo canto.*

## CANTO XXIV

*Versos 1-21. Terminados los juegos, los aqueos se retiran a dormir. Pero Aquiles, con el recuerdo constante de Patroclo, no puede conciliar el sueño. Insaciable en su venganza, arrastra el cadáver de Héctor en tomo a la consumida pira de Patroclo. Esta acción se repite durante varios días.*

*Versos 22-140. El rescate de Héctor. Los dioses no ven con buenos ojos los ultrajes que Aquiles inflige diariamente al cadáver de Héctor. Al cabo de doce días se reúnen y, ante las protestas de Apolo, Zeus decide enviar a Tetis junto a Aquiles, para instarle a devolver el cadáver de Héctor.*

Zeus, viendo cómo la madre y el hijo hablaban de este modo, mandó a Iris a la sagrada Ilión.

"Ve y di al magnánimo Príamo que acuda a las naves aqueas, donde Aquiles le entregará el cuerpo de Héctor mediante los dones que le haga para el rescate. Pero debe ir solo; bastará con que un heraldo guíe el carro donde, al regresar, lleven el cadáver. El propio Hermes será su guía hasta dejarle junto a Aquiles, de modo que nada debe temer. Aquiles no llegará a cometer la locura de no respetar a un monarca que le suplica personalmente."

Iris voló a llevar el mensaje, y pronto se encontró en el palacio de Príamo, donde todo era tristezas y suspiros. El anciano Príamo, rodeado de sus hijos, se revolcaba en el suelo, presa de dolor

infinito, y sus hijas y nueras pasaban como sombras, lamentándose de la muerte de sus maridos.

Iris, la mensajera de Zeus, habló a Príamo, que tembló al oír sus palabras:

"Príamo, ten valor, levanta el ánimo, que no vengo a comunicarte más desdichas de las que ya has sufrido. Zeus se ha apiadado de ti y lo ha arreglado para que puedas ir al encuentro de Aquiles, quien, te entregará el cadáver de tu hijo a cambio de un rescate. Lleva las riquezas necesarias y no temas, pues el propio Hermes te acompañará hasta la tienda del Pélida, y a buen seguro que no se atreverá Aquiles a atentar contra un rey."

*Versos 141-322. Príamo obedece lo mandado por la mensajera de los dioses. Su esposa Hécula, al enterarse intenta disuadirle, convencida que Aquiles le asesinará. Pero Príamo está decidido a recuperar el cuerpo de Héctor y prepara numerosos regalos para su rescate.*

Hécula despidió a su marido abrumada por la tristeza. Príamo subió al carro, que guiaba el prudente Ideo; y seguido de caballos y mulas atravesaron la ciudad entre el pueblo que gemía y le miraba con lástima, como si fuese a la muerte. Cuando salió de Ilión, sus hijos y toda la familia regresaron a palacio. Zeus sintió piedad por el pobre anciano; llamó a Hermes y le ordenó lo siguiente:

"Sé muy bien que tú, hijo mío, gustas de socorrer a los hombres cuando son desgraciados. Baja, pues, a la llanura de Troya y conduce a Príamo a las naves de los aqueos; pero de tal modo, que

ninguno de éstos le pueda ver hasta que haya entrado en la tienda del Pélida."

Hermes obedeció, y sin tardanza se ató las sandalias con alas de oro, que le llevaban por mar y tierra con la ligereza del viento; tomó la vara con la que toca los párpados de los hombres para que duerman o despierten, y marchó a cumplir su misión. En Troya se transformó en un joven príncipe bello y elegante, y comenzó su custodia.

Después de haber pasado la tumba de Ilo, Príamo y su heraldo se detuvieron junto al río para dar de beber a mulas y caballos. Anochecía. El

heraldo, que había descubierto la presencia de Hermes, le dijo al rey:

"Señor, ahora más que nunca necesitamos de nuestro buen juicio; veo a un hombre con intenciones de matarnos. Huyamos o pidámosle de rodillas que no acabe con nuestras vidas."

Príamo empezó a temblar, temeroso su ánimo y erizados sus cabellos por la angustia. El dios al darse cuenta se acercó y le dijo:

"¿A dónde conduces esos caballos y mulas en medio de la noche cuando todos los mortales descansan? Si te encuentran los aqueos lo vas a pasar muy mal, mucho más yendo cargado de riquezas. Tú y tu heraldo sois ya muy viejos, y no podéis defenderos. Pero no temáis nada que yo no os haré ningún daño; al contrario, impediré que nadie os ataque, pues tu aspecto me recuerda a mi venerable padre."

En el acto se tranquilizó Príamo, que respondió así:

*(Príamo)* "Tienes razón, hijo mío; sé a cuántos peligros me expongo en medio de la noche; pero tú mismo eres un augurio favorable para mí y sé que alguno de los dioses me protege."

*(Hermes)* "En efecto, los dioses velan por ti. Pero, dime con franqueza, ¿las riquezas que conduces en tu carro las llevas a algún lugar secreto para ocultarlas o es que abandonas definitivamente Troya por miedo, ya que ha muerto el bravo Héctor, el más valiente guerrero que se enfrentó a los aqueos?"

*(Príamo)* "¿Quién eres tu joven y quienes son tus padres? Con mucha nobleza te has referido a la muerte de mi hijo."

*(Hermes)* "Muchas veces vi a Héctor en la batalla, cuando perseguía valerosamente a los griegos con el agudo bronce. Nosotros lo mirábamos, quietos de pie, pues Aquiles nos prohibía pelear a causa de su ira contra el Atrida. Yo soy un servidor del Pélida; vine con él en su misma nave. Soy hijo de mirmidones y mi padre es Políctor, que es rico y anciano como tú. Me tocó a mí acompañar al héroe, pues soy el más joven de siete hermanos. Ahora iba hacia Troya para espiar lo que en la ciudad ocurre, pues mañana

los aqueos asaltarán las murallas al despuntar el día. Las tropas ansían el combate, y también sus jefes."

*(Príamo)* "Si realmente eres servidor del Pélida, haz el favor de decirme si el cuerpo de mi hijo se haya todavía junto a las naves o ya ha sido descuartizado y entregado a los perros hambrientos."

*(Hermes)* "Puedes estar tranquilo. Ni los perros ni las aves de rapiña le han tocado. Todavía yace abandonado a las puertas de la tienda de Aquiles. Su cuerpo no se pudre, y aunque todas las mañanas Aquiles le arrastra alrededor del túmulo de Patroclo, no logra desfigurarlo. No tiene manchas de sangre, ni presenta heridas pues ya han cicatrizado. Eso es señal de que Héctor era muy querido por los dioses."

Se alegró el corazón del anciano al oírle, y en seguida le dijo:

*(Príamo)* "He aquí por qué es bueno elevar nuestras plegarias a los dioses y rendirles los debidos sacrificios. Quien hace esto, tarde o temprano obtiene su recompensa. Mi hijo la obtiene ahora, porque en vida no olvidó sus obligaciones para con los dioses. Me harás gran honor si aceptas esta copa que te ofrezco como premio a tu ayuda en mi viaje a la tienda de Aquiles."

*(Hermes)* "No me convencerás, a pesar de mi juventud, a que acepte el regalo sin autorización de Aquiles y no quiero hacer nada que le avergüence. Pero te acompañaré con gusto, y nadie, yendo en mi compañía, se atreverá a tocarte."

Saltó ligeramente al carro, tomó riendas y látigo y la carrera continuó vertiginosamente. Al llegar al campo de los aqueos, los centinelas sin duda hubieran detenido a los viajeros si Hermes no los hubiese adormecido, con lo que pudieron entrar sin dificultad, atravesando el campo sin ser vistos, y llegando a la tienda de Aquiles, hecha de madera, con troncos de abetos y una gran cerca alrededor. Las puertas las sujetaban un tronco que necesitaba de tres guerreros para ser encajado y que únicamente Aquiles era capaz de levantar él solo. Hermes abrió la puerta e

introdujo en el recinto de la tienda al anciano y los regalos que traía.

Al bajar del carro, le dijo a Príamo:

(Hermes) "Ahora debo decirte que yo soy el dios Hermes, a quien mi padre Zeus ha enviado en tu socorro. Ya que estás aquí regreso al cielo, pues los dioses no deben frecuentar a los mortales. Entra tú, échate a los pies de Aquiles, abraza sus rodillas y procura conmover su corazón."

Desapareció rápidamente y se elevó a las alturas. Príamo, dejando a Ideo para que cuidase de caballos y mulas, entró en la tienda de Aquiles, donde le halló sentado a la mesa, servido por Automedonte y Alcimo. En otras mesas se veía a otros guerreros que cenaban aparte.

Príamo entró sin ser visto, hasta que se echó a los pies de Aquiles, se abrazó a sus rodillas y besó las manos asesinas que a tantos de sus hijos habían matado. Aquiles se quedó atónito al ver a Príamo. Sus compañeros quedaron no menos sorprendidos, y llenos de estupor empezaron a mirarse unos a otros.

Príamo dio comienzo a sus súplicas, diciendo:

"¡Oh Aquiles, semejante a los dioses! Al verme así, acuérdate de tu padre tan anciano como yo y quizá también infeliz y rodeado de peligros. Pero una gran diferencia nos separa: tú eres su hijo, estás lleno de vida, y su corazón espera alegre a que pronto vuelvas cubierto de gloria. En cambio, yo, ¡desventurado!, pocos hijos me quedan de los muchos valerosísimos que engendré. Cuando los aqueos llegaron a estas playas tenía cincuenta; diecinueve, de una misma madre; los restantes, de diferentes mujeres. Ares me los arrebató cruelmente, y Héctor, el único que me quedaba y que protegía a su patria, le mataste tú. Ahoga vengo a rescatar su cuerpo y para eso te traigo numerosos regalos. Respeta a los dioses, ¡oh Aquiles! y ten compasión de mí, por la memoria de tu padre, tan viejo como yo. Soy más digno de piedad que ningún otro mortal pues he hecho lo que nadie hizo en la tierra. ¡Besar las manos del asesino de mi hijo!"

Ante el recuerdo de su padre las lágrimas brotaron de los ojos de Aquiles. Cogió las manos

de Príamo y retiró con suavidad al anciano. El recuerdo hacía llorar a ambos; uno por Héctor y el otro lloraba por su padre y por Patroclo.

Finalmente Aquiles se tranquilizó, y aplacado un tanto su dolor, se levantó de su asiento y ayudó a levantarse al viejo monarca:

(Aquiles) ", ¡Oh rey! Verdaderamente has sufrido crueles infortunios, ¿cómo te has atrevido a venir solo hasta aquí si maté a tantos hijos tuyos? Tu corazón generoso debe ser de hierro. Pero abandonemos ambas nuestras penas; los dioses han condenado a los mortales a las luchas, las dificultades y a las tristezas, quedándose para ellos solos el disfrutar libres de cuidados y sin morir jamás. En el palacio de Zeus Omnipotente se hallan ocultos en dos toneles, en uno se guardan los males, y en el otro los sucesos felices. Zeus reparte mezclado el contenido de los toneles, pero a veces a un mortal le tocan solo calamidades, y a otro, los beneficios, Así le ha pasado a mi padre, Peleo a quienes los dioses le dieron grandes regalos desde su nacimiento. Era superior a todos los hombres, reinaba sobre los mirmidones y aunque era mortal le dieron por mujer a una diosa. Sin embargo, una desgracia le fue impuesta: sus hijos no podían heredar el trono. Solo me engendró a mí y sé que mi vida ha de ser breve. Mi gran deseo sería permanecer a su lado cuidándole en su vejez, pero no puedo hacerlo, porque mi destino es hallarme en Troya, luchando lejos de mi querida patria. Oí, anciano, que tú también fuiste feliz en otra época y que por tu felicidad eras envidiado en toda la tierra que comprende Lesbos, donde reinó Macar y la Frigia, hasta el Helesponto bravío. Allí destacabas sobre todos, pero desde que se encendió la guerra, te han ocurrido tantas desgracias, que es natural tu desesperación sin límites. No te atormentes por tu hijo pues no conseguirás nada. Eso no le devolverá a la vida e incluso puede que te haga sufrir otra desgracia."

(Príamo) "No quiero sentarme mientras mi hijo Héctor permanezca sin sepulcro. Te suplico que me lo entregues, quiero verle y te pido con toda mi alma que aceptes el cuantioso rescate que te traigo. Deseo que lo disfrutes y vuelvas a tu patria para disfrutar de una paz bien merecida, puesto

que me has concedido la gracia de conservar mi vida."

Al oír esto, Aquiles, con los ojos llenos de ira, exclamó:

"No provoques mi ira, anciano; te devolveré a tu hijo porque mi madre, la diosa, me ha comunicado la voluntad de Zeus y adivino que otro dios te ha protegido a ti, pues de otra manera nadie hubiera podido llegar hasta el campamento aqueo sin ser notado por los centinelas ni hubiese entrado por esa puerta de mi tienda. No aumentes los dolores de mi corazón, ni olvides, ¡oh anciano!, que incluso suplicante como te hallas en mi propia tienda puedo castigarte duramente a pesar de las órdenes de Zeus."

Aquiles dio un salto como un león y salió de la tienda, seguido de Automedonte y Álcimo, sus amigos más queridos después de Patroclo. Fueron adonde estaba el carro, hicieron entrar al heraldo y cogieron los presentes traídos por Príamo para rescate de Héctor. Tan solo dejaron dos mantos y una magnífica túnica en la que pudiera envolverse el cadáver para que Príamo pudiera llevarlo a la ciudad. Por orden de Aquiles, unas esclavas lavaron y perfumaron el cuerpo de Héctor para evitar sin que su padre lo viera, pues Aquiles quería evitar el sufrimiento que tendría al ver a su hijo. El propio Aquiles, ayudado de sus compañeros, puso el cadáver de Héctor en el carro, cubierto con un manto y envuelto en la hermosa túnica. Hecho esto suspiró el héroe y clamó evocando a su amigo:

"Perdóname Patroclo, si hasta el infierno te enteras de que he entregado el cuerpo de Héctor, a su propio padre, pues me ha dado un rescate adecuado y ofreceré parte de éste en memoria de tu alma."

Luego, volvió a la tienda y habló a Príamo de la siguiente manera:

(Aquiles) "Ya está liberado a tu hijo, como solicitabas. Yace sobre un carro y al despuntar el día podrás llevártelo. Ahora vamos a cenar y pensando en nuestras desgracias. Comamos, pues, nosotros también, y ya podrás llorar cuanto

quieras cuando tengas a tu hijo en tu palacio."

Se levantó y degolló a una oveja que fue asada inmediatamente. Automedonte repartió el pan en unas bellas canastas y Aquiles repartió las tajadas de carne. Después de cenar y beber a satisfacción, Príamo contempló despacio a Aquiles, quedando asombrado al verle tan vigoroso, altísimo, lleno de majestad y parecido a un dios en todo. También Aquiles admiraba el noble aspecto de Príamo y su conversación discreta y cortés.

(Príamo) "¡Hijo de Zeus!, con tu permiso voy a acostarme y entregarme al sueño. Dame un lecho para descansar pues mis ojos no se han cerrado desde que mataste a Héctor. Desde entonces no he parado de gemir y esta es la primera comida que hago desde entonces."

Inmediatamente Aquiles ordenó que se pusiesen dos camas debajo del pórtico con sábanas de púrpura y capas afelpadas para protegerse del frío. Las esclavas hicieron lo que les ordenaba, llevando en su mano hachas encendidas.

(Aquiles) "Te acostarás fuera, querido anciano, pues no quiero que te vea ninguno de los caudillos aqueos, si vienen a consultarme para algo, porque entonces Agamenón se opondría a que te llevases el cuerpo de tu hijo. Y ahora, haz el favor de decirme cuántos días dedicarás a los funerales de Héctor, para que durante ese tiempo no perturbe a los troyanos con la guerra."

(Príamo) "Te ganas mi agradecimiento con lo que me estás diciendo; nueve días nos harían falta para llorarlo en palacio; al décimo lo enterraremos y celebraremos el banquete fúnebre, al undécimo levantaremos un túmulo sobre el cadáver y al duodécimo día entablaremos combate si es necesario."

(Aquiles) "Haré como he dicho, anciano, y suspenderé el combate el tiempo que has dicho."

Tras hablar así Aquiles estrechó las manos de Príamo para darle ánimos y se despidió.

Príamo y el heraldo fueron a acostarse bajo el pórtico. Aquiles se fue a dormir al fondo de la tienda con la hermosa Briseida. Dormían también

tranquilamente las deidades en el Olimpo y los guerreros que sitiaban a Troya. Hermes estaba desvelado, pues no sabía cómo sacar del campo aqueo a Príamo sin que lo advirtieran los guardianes. Por fin, resolvió bajar y ponerse sobre la cabeza del anciano, diciéndole:

"No olvides, Príamo, de que estás entre enemigos y aunque hayas calmado el furor de Aquiles aun estás en peligro. Si Agamenón y los demás aqueos te llegasen a descubrir, tus hijos tendrían que

ofrecer por tu vida tres veces más de lo que ha costado el rescate de tu hijo."

Príamo despertó asustado y llamó a su heraldo. El mismo Hermes le preparó el carro y logró sacar a Príamo y su heraldo del campamento sin que el ejército griego se percatara de ello. Le condujo hasta el vado del río Janto y una vez allí puso las riendas en manos del heraldo y él desapareció en el espacio.

*Versos. Príamo regresa a Troya donde se suceden las manifestaciones de duelo de Andrómaca, Hécuba y Helena ante el cuerpo de Héctor.*

*Versos 782-804. Funerales de Héctor y fin de la Iliada*

El pueblo entero se reunió en el palacio del rey Príamo, y cuando terminaron los actos del entierro se aplacaron algo los ánimos, sólo pensaron en el peligro que les amenazaba. Pero

no por eso dejó de celebrarse el espléndido banquete funerario, y así terminaron los troyanos las exequias debidas al valerosísimo Héctor, domador de caballos.

## FIN DE LA ILIADA